entendemos por qué razón el Espíritu Santo llama detestable y odiosa la oración de aquel que por una parte reza a Dios y por otra parte cierra los oídos para no oír y obedecer la voz del mismo Dios. Lo leemos en el Libro Sagrado de los Proverbios: *Quien cierra sus oídos para no escuchar la ley, execrada será de Dios su oración (Prov. 28, 9).* A estos desatinados pecadores les dirige el Señor aquellas palabras del profeta Isaías: *Por eso, cuando levantareis las manos hacia mí, yo apartaré mi vista de vosotros, y cuantas más oraciones me hiciereis, tanto menos os escucharé, porque vuestras manos están llenas de sangre (Is. 1, 15).* Así oró el impío rey Antíoco. Oraba al Señor y prometíale grandes cosas, pero fingidamente y con el corazón obstinado en la culpa. Oraba tan sólo para ver si se libraba del castigo que le venía encima. Por eso no oyó el Señor su oración y murió devorado por los gusanos. *Oraba aquel malvado al Señor, mas en vano, porque de El no había de alcanzar misericordia (2 Mac. 9, 13).*

Hay pecadores que han caído por fragilidad o por empuje de una fuerte pasión y son ellos los primeros en gemir bajo el yugo del demonio y en desear que llegue por fin la hora de romper aquellas cadenas y salir de tan mísera esclavitud. Piden ayuda al Señor, y si esta oración fuere constante, Dios ciertamente los oirá, pues dijo El: *Todo el que pide recibe y el que busca encuentra.* Comentando estas palabras un autor antiguo dice: Todo el que pide... sea justo, sea pecador... Hablando Jesucristo de aquel que dio todos los panes que tenía a un amigo suyo y no tanto por amistad, cuanto por la terca importunidad con que se los pedía, dice, según leemos en San Lucas: *Yo os aseguro que cuando no se levantare a dárselos por razón de amistad, a lo menos por librarse de su impertinencia se levantará al fin y le dará cuantos hubiere menester... Así os digo yo: pedid y se os dará (Lc. 11, 8).* Aquí tenemos cómo la perseverante oración alcanza de Dios misericordia, aun cuando los que rezan no sean sus amigos. Lo que la amistad no consigue, dice el Crisóstomo, obtiénese por la oración. Por eso concluye diciendo: *Más poderosa es la oración que la amistad.* Lo mismo enseña San Basilio, el cual categóricamente afirma que también los pecadores consiguen lo que piden, si oran con perseverancia. De la misma opinión es San Gregorio, el cual dice:

Siga clamando el pecador, que su oración llegará hasta el corazón de Dios. Y San Jerónimo sostiene lo mismo y añade: *El pecador puede llamar padre a Dios, y será su padre y si persiste en acudir a El con la oración será tratado como hijo.* Pone el ejemplo del hijo pródigo, el cual, aun cuando todavía no había alcanzado el perdón, decía: *Padre mío, pequé.* San Agustín razona muy bien cuando dice que si Dios no oyera a los pecadores, inútil hubiera sido la oración de aquel humilde publicano que le decía: *Señor, tened piedad de mí, pobre pecador.* Sin embargo, expresamente nos dice el Evangelio que fue oída su oración y que *salió del templo justificado (Lc. 18, 14).*

Mas ninguno estudió esta cuestión como el Doctor Angélico, y él no duda en afirmar que es oído el pecador, cuando reza; y trae la razón que, aunque su oración no sea meritoria, tiene la fuerza misteriosa de la impetración, ya que ésta no se apoya en la justicia, sino en la bondad de Dios. Así podía orar el profeta Daniel, cuando decía al Señor: *Dígnate escucharme, oh Dios mío, y atiéndeme. Inclina, oh Dios mío, tus oídos y óyeme..., pues postrados ante Ti te prestamos nuestros humildes ruegos, no en nuestra justicia, sino en tu grandísima misericordia (Dan. 9, 18).* Sigue Santo Tomás diciendo que no es menester que en el momento de orar seamos amigos de Dios por la gracia: la oración ya de por sí nos hace en cierto modo sus amigos.

Otra bellísima razón aduce San Bernardo cuando escribe que la oración del pecador que quiere salir de la culpa viene del fondo de un corazón que tiene el deseo de recobrar la gracia de Dios. Y añade: *Pues, ¿por qué daría el Señor al hombre pecador ese buen deseo, si después no le quisiera escuchar?* Leamos las Sagradas Escrituras y allí veremos muchos ejemplos de pecadores que con la oración lograron salir del estado de pecado. Recordemos solamente a Acab, el rey Manasés, a Nabucodonosor y al buen ladrón. ¡Qué grande y maravillosa es la eficacia de la oración! Dos son los pecadores que en el Gólgota están al lado de Jesucristo: uno reza: *Acuérdate de mí,* y se salva... El otro no reza y se condena.

Todo lo encierra el Crisóstomo en estas palabras: *Ningún pecador sinceramente arrepentido oró al Señor y no obtuvo lo que pidió.* Mas, ¿para qué traer más autoridades y razones? Bástenos para

demostración de esa afirmación la palabra del mismo Jesucristo el cual dice: *Venid a mí todos los que sufrís y estáis cargados y yo os ayudaré (Mt. 11, 28).* Comentando este pasaje San Jerónimo, San Agustín y otros doctores dicen que los que caminan por la senda de la vida cargados son los pecadores que gimen bajo el peso de sus culpas. Si acuden a Dios, levantarán su frente, según la promesa divina y se salvarán por su gracia. Y es que Dios tiene mayores ansias de perdonarnos, que nosotros de ser perdonados. Así lo asegura el Crisóstomo. Y añade el mismo Santo: *No hay cosa que no pueda la oración; te salvará aunque estés manchado con miles de pecados; pero ha de ser tu oración fervorosa y perseverante.* Volvamos a repetir lo que antes dijimos del apóstol Santiago: Si alguno necesita sabiduría divina, pídasela al Señor que El a todos la da abundamentemente y a nadie le sirve de pesadumbre. En efecto, a todos los que acuden a su bondad con la oración los escucha el Señor y les concede la gracia con abundante profusión. Pero fijémonos sobre todo en lo que añade. *Y a nadie le sirve de pesadumbre... (St. 1, 5).* Esto solamente lo hace el Señor; los hombres, por lo general, si alguien les pide algún favor y antes gravemente los ofendió, le echan en cara su antigua descortesía e insolencia. No obra así el Señor, ni aun con el mayor pecador del mundo. Si ese tal viene a pedirle una gracia conveniente para su salvación eterna, no le echa en cara las ofensas que antes recibió de él; como si nada hubiera pasado entre los dos, lo acoge, lo consuela, lo escucha y le despacha después de haberle socorrido adecuadamente.

Sin duda por este motivo y para animarlos dijo nuestro Redentor aquellas suavísimas palabras: *En verdad, en verdad os digo, si algo pidiereis al Padre en mi nombre, se os dará (Jn. 16, 23).* Quiso decir: Animo, pecadores amadísimos, no os impidan recurrir a vuestro Padre celestial y confiar que tendréis la salvación eterna, si de veras la deseáis. No tenéis méritos para alcanzar las gracias que pedís, más bien por vuestros deméritos sólo castigo merecéis. Pero seguid mi consejo, id a mi Padre en nombre mío y por mis méritos. Pedidle las gracias que deseáis... yo os lo prometo, yo os lo juro, que esto precisamente significa la fórmula que emplea: *En verdad, en verdad os digo* (según San Agustín),

cuanto a mi Padre pidiereis, El os lo concederá. ¡Oh, Dios mío, y qué mayor consolación puede tener un pecador después de su espantosa desgracia que saber con absoluta certeza que cuanto pida a Dios en nombre de Jesucristo lo alcanzará!

Hay que orar con perseverancia

Nuestra oración sea humilde y llena de confianza en Dios; mas esto no basta para tener la perseverancia final y con ella la salvación eterna. Verdad es que nuestras oraciones cotidianas nos alcanzarán las gracias que necesitamos para cada momento de nuestra vida, mas si no seguimos hasta el fin en la oración, no conseguiremos el don de la perseverancia final, y es que esta gracia, por ser como el resultado de todas las otras, exige que multipliquemos nuestra plegaria y perseveremos hasta la muerte.

La gracia de la salvación eterna no es una sola gracia, es más bien una cadena de gracias, y todas ellas unidas forman el don de la perseverancia. A esta cadena de gracias ha de corresponder otra cadena de oraciones, si es lícito hablar así, y, por tanto, si rompemos la cadena de la oración, rota queda la cadena de las gracias que han de obtenernos la salvación, y estaremos fatalmente perdidos.

Tengamos por indubitable verdad que la perseverancia final es gracia que nosotros no podemos merecer. Así nos lo enseña el sagrado Concilio de Trento con estas palabras: *Sólo puede otorgarla Aquel que tiene poder para sostener a los que están de pie y hacerles permanecer así hasta el fin.* Mas a esto replica San Agustín: *Este gran don de la perseverancia, con la oración se puede merecer.* Añade el Padre Suárez que el que reza infaliblemente lo consigue. Lo mismo sostiene el gran Santo Tomás del cual son estas graves palabras: *Después del bautismo es necesaria la oración continua y perseverante para que el hombre pueda entrar en el reino de los cielos.*

Pero antes que todos nos repitió esto mismo muchas veces nuestro divino Salvador cuando decía: *Es menester orar siempre y no desmayar nunca. Vigilad por tanto, orando en todo tiempo, a fin de merecer el evitar todos estos males venideros y comparecer con confianza ante el Hijo del Hombre (Lc. 21, 36).* Y lo mismo leemos en el Anti-

guo Testamento: *Nada te detenga de orar siempre que puedas (Ecli. 18, 22). En todo tiempo bendice al Señor y pídele que dirija El los caminos de tu vida (Tob. 4, 20).* Por esto el Apóstol exhortaba a los primeros discípulos a que nunca dejaran la oración... *Orad sin descanso (1 Tes. 5, 17),* les decía... *Perseverad en la oración y velad en ella (Col. 4, 2). Quiero que los hombres recen en todo lugar (1 Tim. 2, 8).* En esta escuela aprendió San Nilo, cuando repetía: *Puede darnos el Señor la perseverancia y la salvación eterna, mas no la dará sino a los que se la piden con perseverante oración.* Hay pecadores que con la ayuda de la gracia de Dios se convierten, mas dejan de pedir la perseverancia y lo pierden todo.

El santo cardenal Belarmino nos dice que no basta pedir la gracia de la perseverancia una o algunas veces, hay que pedirla siempre, todos los días, hasta la hora de la muerte, si queremos alcanzarla. Diariamente. Quien un día la pide, la tendrá ese día, mas si al siguiente día la deja de pedir, ese día tristemente caerá. Esto parece quiso darnos a entender el Señor en la parábola de aquel amigo que no quiso dar los panes que le pedían, sino después de muchas importunas exigencias. Comentando ese pasaje argumenta San Agustín que si aquel amigo dio los panes que le pedía contra su voluntad y sólo por deshacerse de sus impertinencias, ¿qué hará el Señor, quien no tan sólo nos exhorta a que le pidamos, sino que lleva muy a mal cuando no le pedimos? Tengamos en cuenta que Dios es bondad infinita y que tiene grandes deseos de que le pidamos sus divinos dones. De donde podemos concluir que gustosamente nos concederá cuantas gracias demandemos. Lo mismo escribe Cornelio Alápide, del cual es esta sentencia: *Quiere Dios que perseveremos en la oración hasta la importunidad.* Acá en el mundo los hombres no pueden soportar a los importunos, mas Dios no sólo los soporta, sino que desea que con esa terca importunidad le pidan sus gracias y sobre todo el don de la perseverancia. Así San Gregorio lo afirmó, cuando escribía: *El Señor quiere ser repetidamente llamado, quiere ser obligado, quiere ser vencido por nuestras amorosas importunidades. Buena es esta violencia, ya que con ella, lejos de ofenderse nuestro Dios se calma y aplaca.*

Pues, para alcanzar la santa perseverancia forzoso será que nos encomendemos a Dios siempre, mañana y tarde, en la medi-

tación, en la misa, en la comunión y muy especialmente en la hora de la tentación. Entonces debemos acudir al Señor y no cansarnos de repetir: Ayúdame, Señor, sostenme con tus manos benditas... no me dejes... ten piedad de mí. ¿Hay por ventura cosa más sencilla que decir a Dios: Ayúdame... asísteme...? Dijo el Salmista: *Haré dentro de mí oración a Dios, autor de mi vida.* Comentando este lugar la glosa añade: Alguno por ventura podrá decir que no puede ayunar, ni dar limosna, pero si se le dice: reza... a esto no podrá alegar que no puede. Y es que no hay cosa más sencilla que la oración. Sin embargo, por eso mismo no debemos dejar apagarse en nuestros labios la oración. A todas horas hemos de hacer fuerza sobre el corazón de Dios para que nos socorra siempre; que esta fervorosa violencia es muy grata a su corazón, como nos lo asegura Tertuliano. Y San Jerónimo llega a decir que cuanto más perseveramos e importunamos a Dios en la oración, más gratas le son nuestras plegarias.

Bienaventurado el hombre que me escucha que vela continuamente a las puertas de mi casa y está de centinela en los umbrales de ella. (Prov. 8, 34). Esto dice el Señor, y con ello nos enseña que es feliz el hombre que con la oración en los labios oye la voz de Dios y vela día y noche a las puertas de su misericordia.

Y el profeta Isaías decía también: *Bienaventurados cuantos esperan en El.* Sí, bienaventurados aquellos que orando esperan del Señor su salvación. ¿Y no nos enseña lo mismo Jesucristo en su santo Evangelio? Oigamos sus palabras: *Pedid y se os dará... buscad y hallaréis... llamad y se os abrirá (Lc. 11, 9).* Bien está que dijera: Pedid... pero ¿a qué añadir aquello de... buscad... llamad? Mas no son ciertamente superfluas estas palabras. Con ellas ha querido enseñarnos nuestro divino Redentor que hemos de imitar a los pobres, cuando mendigan limosnas, los cuales si por ventura nada reciben, y además son despectivamente rechazados, no por eso se van, sino que siguen a la puerta de la casa repitiendo la misma conmovedora súplica. Si sucede que el amo de la casa no aparece por ninguna parte, dan vueltas en derredor en su busca, y allí se están, aunque los tengan por importunos y fastidiosos. Asimismo quiere el Señor que obremos nosotros con El: quiere que pidamos y tornemos a pedir y

que no nos cansemos nunca de decirle que nos ayude, que nos socorra, que no permita jamás que perdamos su santa gracia.

Dice el doctísimo Lessio que no puede excusarse de pecado mortal aquel que no reza cuando está en pecado o en peligro de muerte, y peca también gravemente quien pasa sin rezar bastante tiempo, esto es: uno o dos meses. Así opina él. Mas esto ha de entenderse, si no estamos combatidos de tentaciones, que si nos asalta una tentación grave, sin duda ninguna que peca gravemente quien en ese trance no acude a Dios con la oración, para pedirle la fuerza de resistir a ella, pues de sobra sabe que, si así no lo hace, está en peligro próximo de caer en grave culpa.

Se dice por qué el Señor no nos da hasta el fin la gracia de la perseverancia

Y ahora dirá alguno: Pues si el Señor puede y quiere darnos la santa perseverancia, ¿por qué no nos la da de una vez, cuando se la pedimos? A esta pregunta responden los santos Padres alegando muchas y sapientísimas razones.

Y es la primera que Dios quiere por este camino probar la confianza que tenemos en El.

La segunda nos la da San Agustín cuando escribe que es porque quiere el Señor que suspiremos por ella con grandes deseos. Y añade, no quiere darte el Señor la perseverancia, apenas se la pides, para que aprendas que las cosas muy excelentes hay que desearlas con muy grandes ansias: pues vemos acá que lo que por mucho tiempo codiciamos, lo saboreamos más deliciosamente cuando lo poseemos, y las cosas que pedimos y al punto recibimos fácilmente las estimamos poco y hasta tenemos por viles.

Otra razón podemos dar y es que Dios quiere de este modo que nos acordemos más de El. Si, en efecto, estuviéramos ya seguros de la perseverancia y de nuestra salvación eterna y no sintiéramos a cada paso necesidad de la ayuda de Dios, fácilmente nos olvidaríamos de El. Los pobres, porque padecen pobreza, por eso acuden a casa de los potentados, que tienen riquezas. Por eso mismo dice el Crisóstomo que no quiere el

Señor darnos la gracia completa de la salvación hasta la hora de nuestra muerte, para vernos muy a menudo a sus pies y tener El la satisfacción de llenarnos a todas horas de beneficios.

Y aún podemos dar otra cuarta y última razón, y es que con la oración diaria y continua nos unimos con Dios con lazos más estrechos de caridad. Lo afirma el mismo San Juan Crisóstomo con estas palabras: *No es la oración pequeño vínculo de amor divino, sino que así el alma se acostumbra a tener sabrosos coloquios con Dios, y este acudir a El y este confiar que nuestras oraciones nos van a obtener las gracias que deseamos, es llama y cadena de santo amor, que nos abrasa y nos une más íntimamente con Dios.*

¿Qué hasta cuándo hemos de orar? Responde el mismo Santo: *Hemos de orar siempre, hasta que oigamos la sentencia de nuestra salvación eterna, es decir, hasta la muerte.* Este es el consejo que el Santo nos da: *No cejes hasta que no recibas tu galardón.* Y añade: *El que dijere que no suspenderá su oración hasta que sea salvo, ése se salvará.* Ya escribía antes el Apóstol que muchos son los que toman parte en los campeonatos pero que uno solamente gana el premio. *¿No sabéis,* exclamaba, *que los que corren en el estadio, si bien todos corren, uno solo se lleva el premio? Corred, pues, de tal modo que lo ganéis.*

Por aquí podemos ver que no basta orar: hay que orar siempre hasta que recibamos la corona que Dios ha prometido a aquellos que no cesan en la oración.

Si, por tanto, queremos ser salvos, sigamos el ejemplo del profeta David, el cual tenía siempre los ojos vueltos al Señor para pedirle su ayuda y no caer en poder de los enemigos del alma. *Mis ojos,* cantaba, *miran siempre al Señor: porque El es quien arrancará mis pies del lazo que me han tendido mis enemigos (Sal. 24, 15).*

Escribe el apóstol San Pedro que *nuestro adversario, el demonio, anda dando vueltas, como león rugiente, a nuestro alrededor, en busca de presa para devorar (1 Ped. 5, 8).* De aquí hemos de concluir que, así como el demonio a todas horas nos anda poniendo trabas para devorarnos, así nosotros hemos de estar continuamente con las armas de la oración dispuestas para defendernos de tan fiero enemigo. Entonces podremos decir con el rey David: *Perseguiré a mis enemigos... y no volveré atrás hasta que queden totalmente deshechos (Sal. 17, 38).*

Mas ¿cómo reportaremos esta victoria tan decisiva y tan difícil para nosotros? Nos responde San Agustín: *Con oraciones, pero con oraciones continuas.* ¿Hasta cuándo? Ahí está San Buenaventura que nos dice: *La lucha no cesa nunca... nunca tampoco debemos dejar de pedir misericordia.* Los combates son de todos los días, de todos los días debe ser la oración para pedir al Señor la gracia de no ser vencidos. Oigamos aquella temerosa amenaza del Sabio: *¡Ay de aquel que perdiere el ánimo y la resistencia!* Y San Pablo nos avisa que seamos constantes en orar confiadamente hasta la muerte con estas palabras: *Nos salvaremos a condición de que hasta el fin mantengamos firme la animosa confianza en Dios y la esperanza de la gloria (Heb. 3, 6).*

Animados, pues, por la misericordia de Dios y sostenidos por sus promesas repitamos con el Apóstol: *¿Quién, pues, nos separará de la caridad de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿el peligro?, ¿la persecución?, ¿la espada? (Rm. 8, 35).* Quiso decirnos: ¿Quién podrá apartarnos del amor de Dios?, ¿acaso la tribulación?, ¿por ventura el peligro de perder los bienes de este mundo?, ¿las persecuciones de los demonios y de los hombres?, ¿quizá los tormentos de los tiranos? En todas esas cosas salimos vencedores por amor de Aquel que nos amó. Así nos decía El. Ni tribulación alguna, ni peligro alguno, ni persecución, ni tormento de ninguna clase nos podrán separar de la caridad de Cristo, *que todo lo hemos de vencer luchando por amor de aquel Señor que dio la vida por nosotros (Rm. 8, 37).*

En la vida de P. Hipólito Durazzo leemos que el día que renunció a la dignidad de prelado romano para darse todo a Dios y abrazar la vida religiosa en la Compañía de Jesús temblaba pensando en su propia debilidad, y así se dirigió al Señor: *No me dejéis, Señor, hoy sobre todo que enteramente me consagro a Vos... ¡por piedad! no me desamparéis...* Oyó allá en su corazón la voz de Dios que respondía: *Yo soy el que debo decirte a ti que nunca me desampares.* El siervo de Dios, confortado con estas palabras, le contestó: *Pues entonces, Dios mío, que Vos no me dejéis a mí, que yo no os dejaré a Vos.*

Digamos, pues, para concluir, que, si queremos que Dios no nos abandone, hemos de pedirle a todas horas la gracia que no

nos desampare: que si así lo hacemos, ciertamente que nos socorrerá siempre y no permitirá que nos separemos de El y perdamos su santo amor. Para lograr esto no hemos de pedir solamente la gracia de la perseverancia y las gracias necesarias para obtenerlas, sino que hemos de pedir de antemano también la gracia de perseverar en la oración. Este es precisamente aquel privilegiado don que Dios prometió a sus escogidos por labios del profeta Zacarías: *Derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén el espíritu de gracia y de oración (Zac. 12, 10).* ¡Oh!, ésta sí que es gracia grande, el espíritu de oración, es decir, la gracia de orar siempre... esto sí que es puro don de Dios.

No dejemos nunca de pedir al Señor esta gracia y este espíritu de continua oración, porque, si siempre rezamos, seguramente que alcanzaremos de Dios el don de la perseverancia y todos los demás dones que deseemos, porque infaliblemente se ha de cumplir la promesa que El hizo de oír y salvar a todos los que oran. Con esta esperanza de orar siempre ya podemos creernos salvos. Así lo aseguraba San Beda, cuando escribía: *Esta esperanza nos abrirá ciertamente las puertas de la santa ciudad del Paraíso.*

Dios quiere que todos se salven, y Jesucristo ha muerto para salvarnos a todos

"*Dios ama todas las cosas que ha creado y no aborrece nada de lo que ha hecho*" (Sab. 11, 24). Por ello, dice San Agustín: el amor no sufre estar ocioso, sino que tiende a desplegar sus fuerzas. Las fuerzas del amor son la benevolencia.

El amante no puede dejar de hacer bien a la persona amada siempre que puede, y siempre se las ingenia para hacer todo lo que cree que es bueno para el amado.

Pues si Dios ama a todos los hombres, necesariamente tiene que querer que todos alcancen su eterna salvación, que es el sumo y único bien del hombre, puesto que para esto nos ha creado.

"*Al presente, libres del pecado y siervos de Dios, tenéis por fruto la santidad, y por fin la vida eterna*" *(Rom. 6, 22).*

Esta doctrina, a saber, que Dios quiere que todos se salven, y que Jesucristo ha muerto por la salvación de todos, es doctrina de fe de la Iglesia. Por negar esta verdad fueron condenados los predestinacianos, quienes, entre otros errores, sostenían que Dios no quiere que todos se salven, sino solamente aquellos que de hecho se salvan.

Posteriormente el Concilio de Lyón, en 1490, obligó a Lúcido a retractarse con la siguiente declaración: "Condeno a todo aquel que diga que Cristo no tomó la muerte por la salvación de todos". También en el siglo IX, el Concilio de Carisia condenó a Odescalco por haber renovado el mismo error. Y en el artículo 3.º definió: "Dios quiere que se salven todos los hombres sin excepción, aunque de hecho no se salven todos". Y añade en el artículo 5.º: "No hay nadie por quien Cristo no haya padecido, aunque no todos sean redimidos por sus padecimientos".

El mismo error fue últimamente condenado en las proposiciones 12 y 30 de Quesnel.

La doctrina de que Dios quiere que todos se salven fue definida en el Concilio de Trento, sesión VI, c. 2, en el cual se dice que Jesucristo murió para que todos recibieran la adopción de hijos. Y en el cap. 3 se dice: "Pero aunque El ha muerto por todos, sin embargo no todos reciben el beneficio de su muerte". Con estas palabras nos da por cierto que el Redentor no sólo ha muerto por los elegidos, sino también por todos aquellos que por culpa propia no reciben el beneficio de la redención.

La Sagrada Escritura y todos los Santos Padres nos aseguran que Dios, sinceramente y con verdadera voluntad, quiere la salvación de todos y la salvación de todos los pecadores. El texto de San Pablo es evidente: *"Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad" (1 Tm. 2, 4).* La sentencia del Apóstol es absoluta y decisiva.

Estas palabras, en su sentido propio, manifiestan que Dios verdaderamente quiere que todos se salven, y es regla cierta que las palabras de la Escritura deben entenderse en su sentido literal siempre que este sentido no repugne a la fe o buenas costumbres. Por lo cual, dice San Buenaventura: "Hay que asegu-

rar que cuando el Apóstol dice que Dios quiere que todos se salven, tenemos que reconocer que Dios lo quiere".

Nos dice también el Señor: *"Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados que Yo os aliviaré" (Mt. 11, 28).* Pues si nos llama a todos a la salvación, es que tiene verdadera voluntad de salvarnos a todos.

También enseña San Pedro: *"No quiere que nadie se pierda, sino que todos lleguen a la conversión"* (2 Ped. 3, 9). No quiere la condenación de nadie, sino que todos hagan penitencia y se salven.

Y vuelve a decir el Señor: *"Estoy a la puerta y llamo; si alguno me abre, entraré" (Ap. 3, 20). "¿Por qué queréis morir, casa de Israel? Yo no me complazco en la muerte de nadie, oráculo del Señor, convertíos y vivid"* (Ez. 18, 31-32). *"¿Qué más debí hacer por mi viña que no lo haya hecho?"* (Is. 5, 4). *"¡Cuántas veces quise congregar a tus hijos, como la gallina congrega a sus polluelos bajo sus alas, y tú no has querido!"* ¿Pues qué otras palabras más tiernas podría expresar para llamar a nuestros corazones? ¿Cómo podría exhortarnos mejor a volver a sus brazos? ¿Cómo reclamarle que haga más para salvarnos?

Refiere San Lucas que Jesucristo contemplando de lejos a Jesuralén, "lloró por ella". ¿Por qué llora, pregunta San Juan Crisóstomo, sino porque verdaderamente desea su salvación?

Dice Petavio: "Ante tantos pasajes de la Escritura que con lágrimas y juramentos atestiguan la voluntad salvífica de Dios, ¿cómo podremos decir calumniosamente que Dios no quiere salvar al género humano? ¿Hay algo más contrario a las verdades de la fe? ¿Qué mayor injuria y burla puede darse?

Dios quiere con sincera voluntad salvar a todos. No quiere la muerte, sino la vida del pecador; y lo jura por su vida, como observa Tertuliano, porque quiere ser creído: *"Por mi vida, dice el Señor, que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta de su conducta y que viva"* (Ez. 33, 11).

Que Dios quiere salvar a todos, es doctrina confirmada con la autoridad de todos los Santos Padres. Veamos algunos Padres latinos: San Jerónimo: "Dios quiere salvarnos a todos, pero como nadie se salva sin su propio consentimiento, quiere que amemos el bien para realizar en nosotros sus propios designios",

San Hilario: "Dios quiere salvar a todos los hombres, no solamente a los que pertenecen al número de los santos, sino de manera que nadie quede excluido". San Paulino: Jesucristo dice a todos: *"Venid a mí"*, porque a todos quiere salvar.

De igual forma se expresan los Padres griegos, como San Justino, San Basilio, San Gregorio, San Cirilo, San Metodio y San Juan Crisóstomo, etc.

Los Santos Padres están conformes en decir que Jesucristo ha muerto para obtenernos a todos la salvación eterna. San Jerónimo dice: "Cristo ha muerto por todos; sólo El podía ofrecerse a la muerte por todos los que estaban en pecado". San Ambrosio: "Cristo a todos ayuda; por eso el que perece tiene que achacarse a sí mismo su perdición, pues no quiere curar teniendo en su mano el remedio. La misericordia de Cristo quiere salvar a todos los hombres y a todos es manifiesta". Y en otro lugar: "Jesús escribió su testamento señalando por herederos suyos a todos; la herencia es universal y el premio de cada uno". Nótese las palabras: "A todos señaló por herederos". Jesús a todos nos ha inscrito como herederos del cielo.

Dice San León: "Cristo a ninguno encontró libre de culpa, por eso vino a salvar a todos".

San Agustín, sobre aquellas palabras de San Juan: *"No envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salvase por El"*, dice: "El sana completamente, pero no contra la voluntad del enfermo: ¿hay algo mejor que tener en tu mano la vida y en tu voluntad la salud? Dios sana a todos, con tal que no resistan".

Santo Tomás afirma que Jesucristo murió por todos y que a todos nos quiere salvar. "Cristo Jesús es el mediador entre Dios y los hombres, no solamente de algunos, sino de todos".

Dios da a los justos las gracias necesarias para guardar los mandamientos, y a los pecadores se las da igualmente para que se conviertan

Dios quiere salvarnos a todos, por consiguiente, a todos nos da las gracias necesarias y los auxilios que necesitamos para que nos salvemos.

Dice Santo Tomás que el efecto de la voluntad antecedente con que Dios quiere nuestra salvación, lleva consigo el proveernos de los medios necesarios para conseguirla.

No es cierto lo que afirmaron Lutero y Calvino, que Dios nos ha impuesto una ley imposible de guardar. No obstante, sería imposible si no dispusiéramos del auxilio de la gracia, como declaró el papa Inocencio I: "Así como vencemos con el auxilio de Dios, si El no nos ayuda quedaremos vencidos". También el papa Celestino declaró: "El Señor da a todos una ley posible de cumplir, y la gracia para observarla". Pero con mayor claridad lo declaró el Concilio de Trento: "Dios no manda imposibles; ruega que hagas lo que puedas y pidas lo que no puedas, y te ayuda para que puedas" (Ses. 6, c. 13). Si Dios no nos concediese las gracias necesarias para cumplir la ley, en vano la hubiera establecido: sería necesario el pecado y no habría culpabilidad.

Este es el sentir de los Padres. San Cirilo Alejandrino dice: "El pecador que ha recibido los auxilios de la gracia, y ha querido espontáneamente pecar, ¿cómo podrá quejarse de Cristo?"

Dice San Agustín: "Si el hombre peca en alguna cosa, peca en cuanto puede evitarla con la ayuda de la gracia del Señor que a nadie falta". Eso demuestra que si faltase la gracia necesaria para observar los preceptos, no habría pecados.

Lo mismo enseña Santo Tomás: "Así como el sol difunde a todos su luz y solamente se privan de ella los que quieren, así Dios comunica a todos su gracia para observar la ley, y los hombres en tanto se pierden en cuanto no quieren aprovecharse de ella".

Es regla indudable la que expresó San Agustín: Jamás se peca en aquello que no se puede evitar.

Dice el Apóstol: "*Dios es fiel y no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas, antes bien, con la tentación os da los medios de poderla resistir con éxito*" (1 Cor. 10, 13). El modo de vencer es la ayuda divina que el Señor da siempre a los que sufren la tentación para poder triunfar. Como dice San Cipriano: "Con la tentación da la forma de poder escapar de ella". San Agustín y Santo Tomás, dicen: "Si Dios nos obligase a guardar preceptos imposibles, sería inicuo y cruel. Tener como reo de pecado al que no hizo lo que no podía, es suma indignidad".

Otra cosa es cuando el hombre, por propia negligencia, no tiene la gracia para guardar los mandamientos. Eso sucede cuando se descuida poner en práctica la gracia de la oración con la que se puede obtener la gracia de observar el precepto. Por eso dice el Concilio: "Dios no manda imposibles: amonesta que hagas lo que puedas y pidas lo que no puedas, y recibes ayuda para que puedas".

Que Dios da a todos la gracia de orar si quieren; para orar basta la gracia suficiente, común a todos

Puesto que Dios quiere que todos los hombres se salven, a todos da las gracias necesarias para obtener la salvación, entre las cuales está la gracia de poder orar en cada momento, sin necesidad de otra nueva gracia, y con la gracia de orar están a nuestra disposición todas las gracias y ayudas que necesitamos para cumplir los mandamientos y salvarnos.

Cuando decimos "sin necesidad de nueva gracia", no se ha de entender que la gracia común conceda poder orar sin el auxilio de la gracia cooperante, porque para ejercitar cualquier acto de piedad, además de la gracia excitante, se requiere también la gracia cooperante. La gracia común da a cada uno el poder rogar actualmente, sin nueva gracia que física o moralmente determine la voluntad del hombre a orar.

En primer lugar, hablaremos de algunos teólogos, entre muchos que se podrían citar, que dan por cierta esta sentencia; después la probaremos con la autoridad de los Padres y con la razón.

El eminentísimo cardenal Noris prueba que el hombre, cuando el precepto obliga, ruega si quiere, con sólo la gracia ordinaria, sin necesidad de otro auxilio: "Ya que para cumplir los mandamientos y salvarnos necesitamos orar, es necesario que tengamos la potencia próxima de rogar para impetrar con la oración la facultad de hacer el bien. Por eso todos tenemos la gracia ordinaria de poder orar, sin necesidad de otro auxilio". De lo contrario, si para poseer la facultad de orar, necesitáramos de otra gracia que no tenemos, el proceso sería infinito y no estaría en manos del hombre cooperar a su salvación.

El mismo autor confirma: "En el presente estado se da a todos el auxilio de la gracia ordinaria, en contra de lo que afirma Jansenio. Sin necesidad de otro auxilio se puede orar, y con ello se consigue la gracia eficaz para observar los mandamientos". Así se ha de entender el axioma universal de las escuelas: "Al que hace lo que está de su parte, Dios no le niega la gracia": esto es, Dios no niega la gracia eficaz para practicar las cosas difíciles a todo el que le ruega, haciendo buen uso de la gracia suficiente para acudir a Dios por medio de la oración.

De igual manera piensa Luis Tomassino. Se maravilla de quienes dicen que los auxilios suficientes no bastan para hacer obras buenas, ni para evitar el pecado. La gracia suficiente, para serlo de verdad, ha de dar al hombre la potencia próxima y expedita para realizar el acto bueno; pero si para realizar este acto bueno se necesita otra gracia, la eficaz, el hombre que no tiene la gracia eficaz mediata, necesaria para la salvación, ¿cómo puede decirse que la gracia suficiente le dé esta potencia próxima y expedita?

Dice Santo Tomás: "Dios no deja de realizar lo que es necesario para la salvación". Dios no está obligado a darnos sus gracias, porque las gracias no son obligaciones; pero dado que nos manda guardar los mandamientos, está obligado a darnos los auxilios que necesitamos. Y concluye Tomassino: "Si la gracia suficiente basta al hombre para salvarse, y la eficaz es necesaria para observar toda la Ley, la gracia suficiente basta para rogar y por medio de la oración obtener la gracia eficaz para cumplir las cosas difíciles".

Esta es la doctrina de San Agustín: "Así como creemos que Dios no manda cosas imposibles, debemos entender lo que tenemos que pedir para poner en práctica las cosas difíciles". El cardenal Noris, comentando este texto, dice: "Las obras fáciles las podemos hacer sin necesidad de pedir; pero para las dificultosas necesitamos impetrar el auxilio de Dios".

Heberto, obispo y doctor de la Sorbona, el primero en escribir contra Jansenio, dice: "Juzgamos que el efecto inmediato de la gracia suficiente no es crear el hábito... Por tanto, la gracia suficiente es gracia preparatoria para la eficaz que Dios otorga

después de ser secundada por la voluntad... Así que los auxilios de la gracia suficiente son preparatorios para la gracia eficaz, y eficaces en cierto sentido, con efecto incompleto de impetración remota, primero, y próxima después, cuales son los actos de fe, esperanza, temor y también la oración. Por eso, Alfonso Lemoinus enseñó que la gracia suficiente era la gracia de orar de la que tanto habló San Agustín. Por tanto, la gracia suficiente es la gracia de orar, dependiendo de nosotros el valernos de ella, según San Agustín. Por tanto, el hombre no tiene excusa si no hace aquello para lo que ya tiene gracia suficiente y que sin otra nueva gracia ya produce su efecto al concedernos la ayuda suficiente para poder actuar.

Otro teólogo de la Sorbona, Carlos de Plessis, cita muchos teólogos que enseñan que con la gracia suficiente se pueden hacer las cosas fáciles, obteniendo así abundantes gracias para cumplir las obras más perfectas. Y añade: así se debe entender el célebre axioma: "Al que hace lo que está de su parte, Dios no le niega la gracia", es decir, los auxilios abundantes y eficaces.

Dionisio Petavio prueba que con la gracia suficiente el hombre puede obrar bien. De lo contrario, no sería suficiente. Pues afirmar que aun siendo suficiente no hay capacidad de obrar, es monstruoso y antirracional. Esta es la doctrina de toda la Iglesia.

En consecuencia, la gracia de guardar los Mandamientos sigue a la oración. Dios concede a todo el mundo este don de la oración a la vez que le impone los preceptos. Pues si a todos se les impone la Ley, necesariamente a todos se les otorga la gracia de la oración.

Lygní, profesor real, en su tratado *De Gratia*, demuestra que la gracia suficiente no sólo concede poder orar, sino también hacer algunas obras buenas menos fáciles. Gaudencio Buontempi también demuestra que con la gracia suficiente se obtiene la eficaz por medio de la oración que todos podemos hacer. El cardenal Roberto Pullo habla de dos gracias: una siempre invencible, y otra a la cual el hombre a veces corresponde y a veces no.

Fortunato de Brescia sostiene que a todos es concedida la gracia de poder orar para observar mediante ella los preceptos, y afirma que esta es la doctrina de San Agustín.

No obstante, las gracias suficientes, a veces consiguen su efecto, y a veces no. Así lo enseña San Francisco de Sales, diciendo que la gracia actual de orar se da a todos los que quieren servirse de ella, de lo cual deduce que siempre está en nuestras manos el poder perseverar. En su Teótimo, tras demostrar que es necesario orar siempre para obtener de Dios la gracia de la perseverancia final, añade: "Porque el don de la oración ha sido libremente prometido por Dios a todos los que quieran consentir a las inspiraciones divinas; por consiguiente, en nuestra mano está el perseverar".

El cardenal Belarmino enseña: "En todo tiempo y lugar, mediata o inmediatamente, a todos se otorga el auxilio suficiente para la salvación... Decimos *mediata o inmediatamente*, porque a los que tienen uso de razón creemos que Dios les infunde santas inspiraciones, y por este medio les otorga gracias excitantes que si quieren secundar los disponen para la justificación y para conseguir la salvación".

Pero vengamos a las pruebas de esta sentencia. En primer lugar citaremos la autoridad del Apóstol que nos asegura: *Dios es fiel y no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas, sino que de la misma tentación os hará sacar provecho para que podáis sosteneros* (1 Cor. 10, 13). A lo que afirma Santo Tomás: "Dios no sería fiel si no nos concediese, en cuanto está de su parte, las gracias por medio de las cuales podamos conseguir la salvación".

Se prueba además, con todos aquellos lugares de la Escritura en los que el Señor nos exhorta a convertirnos y recurrir a El para demandar las gracias necesarias para la salvación: "*La Sabiduría clama por las calles: ¿hasta cuándo, simples, amaréis vuestra simpleza y arrogantes gozaréis en la arrogancia y, necios, tendréis odio a la ciencia? Convertíos por mis reprensiones; voy a derramar mi Espíritu para vosotros; os voy a comunicar mis palabras. Ya que os he llamado y no habéis querido, he tendido mi mano y nadie ha prestado atención, habéis despreciado mis consejos..., también Yo me reiré de vuestra desgracia (Pr. 1, 20-26).*

El cardenal Belarmino dice que esta exhortación a convertirse sería irrisoria si Dios no concediese a todos los pecadores el auxilio de la oración, al menos mediato, para convertirse.

En el mismo texto se expresa la gracia interna con que Dios llama a los pecadores y les da el auxilio actual para convertirse si quieren, cuando dice: "*Os daré mi Espíritu*".

En otras partes leemos: "*Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y Yo os aliviaré*" *(Mt. 11, 28)*. Y parecido en otros muchos lugares. Luego si Dios no diese a todos la gracia de recurrir a El actualmente, serían vanas todas las exhortaciones e invitaciones en que dice: "*Venid todos y os aliviaré; pedid y recibiréis*".

En segundo lugar se prueba nuestra proposición con el texto del Concilio de Trento, que me parece evidente. Decían los protestantes que, estando el hombre privado del libre albedrío por el pecado de Adán, nada puede obrar nuestra voluntad para producir actos buenos, que solamente está pasivamente inducida a recibirlos de Dios, sin que ella los produzca, y deducían que es imposible la observancia de los preceptos a quienes no son movidos eficazmente y predestinados por la gracia para evitar el mal y obrar el bien. Contra este error pronunció el Concilio la sentencia tomada de San Agustín: "Dios no manda imposibles, sino que al mandar amonesta para que hagas lo que puedas y pidas lo que no puedas y ayuda para que puedas".

De esta forma el santo Concilio demostró que todos los preceptos divinos se pueden cumplir, porque todos los hombres tenemos a nuestra disposición, por medio de la oración, los auxilios necesarios para poderlos cumplir.

Es decir: todos, con las gracias comunes, pueden practicar las cosas fáciles, como es hacer oración, sin necesidad de otra gracia extraordinaria, y rogando, pueden impetrar la fuerza necesaria para las cosas difíciles, según la doctrina de San Agustín: "Pues así como creemos firmemente que el Dios justo y bueno no manda cosas imposibles, así nos amonesta lo que tenemos que hacer en las cosas fáciles y cómo tenemos que orar en las difíciles".

Según el Concilio, a todos son posibles los divinos preceptos, al menos por medio de la oración, con la que se obtienen auxilios mayores para observarlos.

Pues si Dios a todos ha impuesto sus preceptos y a todos ha hecho posible su observancia, al menos por medio de la oración,

necesariamente debe concluirse que todos tienen la gracia de rogar; de otra manera, a quien esta gracia faltase, no le sería posible la observancia de los preceptos. Así como el Señor, por la oración, da la gracia actual para obrar el bien y hace posible sus mandamientos, así a todos da la gracia actual de rogar.

Por tanto, aquellas palabras: "Amonesta Dios a que hagas lo que puedas y pidas lo que no puedas", no deben entenderse sólo del poder rogar, sino del rogar actualmente. Porque si la gracia común y ordinaria no diese otra cosa que el poder rogar, y no el rogar actualmente, no habría dicho el Concilio "Amonesta Dios a que hagas lo que puedas y pidas lo que no puedas", sino "amonesta que es posible hacer y es posible orar". Pues como dice Fortunato de Beescia: "Si no fuese dada a todos la gracia actual de rogar, sino que para rogar se necesitase la gracia eficaz que a todos no se da, resultaría que para muchos la oración sería imposible, o sea, para todos aquellos que les faltase la gracia eficaz". Falsamente se diría que Dios nos amonesta que pidamos lo que no podemos, porque amonestaría hacer una cosa para cuyo cumplimiento falta el auxilio que necesitamos.

Yo no sabría de qué otro modo puede explicarse el citado texto del Tridentino, si la gracia suficiente no diese a todos el poder actualmente rogar sin la gracia eficaz, supuesta por los contrarios para poder realizar todo acto bueno. De igual modo, supuesta tal necesidad, tampoco sabría comprender cómo podría demostrarse aquella otra sentencia del mismo Concilio: "Dios no abandona a los que una vez haya justificado con su gracia, si no es por ellos antes abandonado". Pues si para rogar actualmente no basta la gracia suficiente ordinaria, sino que se requiere la eficaz, no común a todos, sucedería que cuando el justo fuese tentado a cometer el primer pecado mortal y Dios no le diese la gracia eficaz de orar para resistir, no resistiendo, debería decirse que el justo es de Dios abandonado antes que él abandone a Dios, puesto que le falta la gracia eficaz necesaria para resistir.

San Agustín, comentando las palabras de San Pablo: *El Espíritu ruega por nosotros con gemidos inefables*, dice: "El Espíritu Santo es el que nos hace rogar y el que nos da fervor para ello".

Y comentando el Salmo 52, añade: "Lo que tú haces con sus dones, se dice que lo hace El, porque tú sin El no lo harías".

En tercer lugar, esta sentencia la prueban los Padres: San Basilio escribe que, cuando Dios permite que el hombre sea tentado, lo hace para que él resista con la oración pidiendo ayuda para la victoria. San Juan Crisóstomo: "Dios nos dio la Ley para que por ella reconociéramos nuestra enfermedad y así acudiéramos al médico". Y en otro lugar: "No puede excusarse quien no quiso vencer al dejar de orar". Pues ¿cómo hubiera dicho que no quiso vencer el que no quiso orar, si en realidad no hubiera tenido la posibilidad de orar?

Dice San Bernardo: "¿Quiénes somos nosotros y cuál es nuestra fortaleza? Pero esto es precisamente lo que Dios quería de nosotros, que viendo nuestras deficiencias acudiésemos a El en demanda del auxilio que su misericordia pone a nuestra disposición".

Así pues, Dios nos ha impuesto una Ley que resulta imposible a nuestras fuerzas naturales, para que, recurriendo a El con la oración, obtengamos las fuerzas necesarias para poderla guardar. Lo cual quiere decir que, si a alguien se le negara la gracia actual de poder orar, se le haría imposible el cumplimiento de la Ley, lo cual es absurdo. Por tanto, no tienen razón en quejarse los que dicen que les falta la gracia, porque son ellos los que faltan a la gracia al despreciar la oración. Es El quien tiene motivos para quejarse de nosotros, porque no hacemos caso de la gracia de la oración que tenemos a nuestra disposición.

Ningún Santo Padre se expresa en esto más claro que San Agustín. Dice: "Los Pelagianos piensan que han descubierto algo grande cuando afirman que Dios no mandaría lo que sabe que no puede realizar el hombre... ¿Quién no sabe esto? Pero manda algunas cosas que no podemos realizar para que conozcamos lo que le tenemos que pedir".

Por tanto, a nadie se niega la gracia de poder orar y de obtener así, por la oración, los auxilios que necesita para convertirse. Si así no fuera, no podría achacársele de culpa por no convertirse.

También dice: "¿Qué otra cosa nos está diciendo el Señor cuando nos da sus mandatos, sino que nos concede pedir, buscar y llamar? ¿Aún no eres atraído? Ora para que seas atraído".

"Cuando el alma ignora lo que debe hacer, lo ignora porque aún no ha recibido la gracia; pero la recibirá si usa bien lo que recibe, pues recibió para que busque piadosa y diligentemente si quiere. Por tanto, todos tienen la gracia necesaria para orar, y si la aprovechan bien recibirán la gracia de hacer lo que antes no podían".

Dice en otro lugar: "El hombre que quiere y no puede, ore para tener la voluntad que hace falta para cumplir los mandamientos; así será ayudado para que haga lo que se le manda".

Dice también: "Manda el Señor que esforzándonos por hacer el bien y cansados por nuestra debilidad, sepamos pedir la ayuda de la gracia". Supone el Santo que no podemos hacer las cosas difíciles con la gracia ordinaria, pero que por medio de la oración podremos obtener la manera de realizarlas.

Y continúa diciendo: "La Ley es causa de que abunden los delitos cuando los hombres no imploran el auxilio de la gracia, pero cuando por inspiración divina entienden a quien hay que suplicarle y le suplican, sucederá que, *donde abundó el delito sobreabundó la gracia*". En esto se manifiesta, dice Petavio, la falta de la gracia abundante y la existencia de la gracia ordinaria o común con la que se puede orar.

Al decir San Agustín que el hombre es impotente para observar toda la Ley, y que lo único que puede hacer es pedir ayuda mediante la oración para poder cumplirla, supone ciertamente que el Señor da a cada uno la gracia de orar actualmente sin necesidad de otra gracia o ayuda extraordinaria y no común a todos.

De otra manera, si nos faltase ese otro auxilio especial, ningún recurso nos quedaría para observar actualmente todos los divinos preceptos. Hablando así, el Santo no entiende que la gracia suficiente dé solamente la potencia, sino también el acto de rogar; porque en cuanto a la potencia, es cierto que se da por la gracia suficiente aun para las obras difíciles; luego ciertamente defiende el Santo Doctor que las cosas fáciles, como es el

orar, puede actualmente cumplirlas cualquiera con la gracia suficiente, y las difíciles con el auxilio que se impetra por medio de la oración.

Sobre todo hacen al caso dos textos de San Agustín. El primero dice ser cierto que nosotros observamos los preceptos si queremos, y que para que Dios prepare la voluntad para quererlos observar y para observarlos de verdad, debemos orar. Luego a todos se nos da la gracia de orar y con ella el poder obtener la gracia abundante con que podamos observar los preceptos; pues si para rogar actualmente necesitáramos de la gracia eficaz, no siendo ésta común a todos, aquellos que no la tuvieran no podrían observar los preceptos, ni siquiera tendrían voluntad de hacerlo.

El segundo texto es aquel en el que el Santo Doctor responde a los monjes Andrometinos, que decían: "Si es necesaria la gracia y sin ella nada puedo hacer, ¿por qué me han de corregir lo que no puedo hacer y no tengo la gracia de hacerlo? Rogad más bien al Señor por mí para que me dé esta gracia". A los que responde el Santo: "Vosotros debéis ser corregidos, no porque no obráis sin tener la fuerza, sino porque no oráis para tener esta fuerza".

¿No es cierto que si el Santo no creyera que todos tenemos la posibilidad de poder orar, no los hubiese declarado culpables por no orar?

Santo Tomás, aunque no habla expresamente de la oración, supone que puede orarse cuando dice: "Pertenece a la Divina Providencia proveer a cada uno de lo necesario para su salvación, mientras cada uno por su parte no lo impida". De una parte, Dios da a todos las gracias necesarias para la salvación, y de otra, la oración es necesaria para conseguir el auxilio mayor que necesitamos, lo que nos obliga a decir que Dios a todos da las gracias necesarias para orar actualmente si quiere, y esto sin necesidad de ninguna otra gracia eficaz.

En último lugar examinemos la razón de esta sentencia. El doctísimo Petavio, con Duval y otros teólogos, formula esta pregunta: "¿Por qué Dios nos impone cosas que no podemos observar con la gracia común y ordinaria?" Y responde: "Porque

quiere que recurramos a El con la oración, según hablan comúnmente los Santos Padres". De aquí deduce: "Todos tienen la gracia de rogar actualmente y con la oración alcanzar el auxilio mayor para cumplir lo que no podemos con la gracia común. Si así no fuera, Dios nos habría puesto una ley imposible". Esta es muy fuerte razón.

Para que la ley sea racional y sea justo también el castigo que se imponga a quienes no la observen, es necesario que todos tengan posibilidad real y eficiente de observarla, al menos por medio de la oración. Si así no fuera, no podría decirse que Dios concede a todos la gracia suficiente para observar actualmente la Ley.

Podríamos exponer muchas razones en confirmación de esta sentencia, pero me atengo solamente a una que me parece evidente, y se funda en el precepto de la esperanza, por el cual todos estamos obligados a esperar de Dios con toda certidumbre la vida eterna. Pues si no estuviéramos ciertos de que Dios a todos da la gracia de orar, y que con la oración conseguimos los socorros eficaces para salvarnos, ¿en qué se fundaría la esperanza?

La virtud de la esperanza es tan agradable a Dios que, según su misma declaración, encuentra sus complacencias en los que ponen en El su confianza. "*Se complace el Señor en los que le temen, en aquéllos que esperan en su amor*" (Sal. 147, 11). Y les promete la victoria sobre los enemigos, la perseverancia en su gracia y la gloria eterna a quienes ponen en El su esperanza. "*Pues él se abraza a mí, Yo he de librarle; le exaltaré, pues conoce mi nombre. Me llamará y le responderé; estaré a su lado en la desgracia, le libraré y le glorificaré" (Sal. 91, 14-15). "Guárdame, oh Dios, pues en ti pongo mi refugio*" (Sal. 16, 1). "*Confíate a El, y El a su vez te cuidará*" (Ecl. 2, 8). "*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no faltarán*" (Mt., 24, 35).

San Bernardo dice que nuestro mérito consiste precisamente en poner en Dios nuestra confianza. "*Cumple tus votos al Altísimo e invócame en el día de la angustia, Yo te libraré y tú me darás gloria*" (Sal. 50, 14-15). Y la razón es que quien espera en Dios, le honra sobremanera. Honra el poder, la misericordia y la fidelidad de Dios, creyendo que Dios quiere y puede salvarlo, y no puede faltar a las promesas que nos tiene hechas de salvarnos si confiamos en El.

Nos asegura el profeta que cuanto mayor sea nuestra confianza, tanto más se difundirá en nosotros la divina misericordia. "*Sea tu amor Señor sobre nosotros, así como nosotros confiamos en Ti*" (Sal. 33, 22).

Ahora bien, esta virtud de la esperanza, que es tan del agrado del Señor, ha querido imponerla con prepto grave, como consta en muchos lugares de la Escritura. "*En Dios me refugio; confiad en El en todo tiempo* (Sal. 60, 9). *Los que teméis al Señor, esperad sus bienes*" (Ecl. 2, 9). "*Y tú conviértete a tu Dios, observa amor y equidad, y espera en tu Dios siempre*" (1 Ped. 1, 13).

Esta esperanza de la vida eterna debe ser firme y cierta, como ya lo declaró Santo Tomás: "La esperanza es la firme confianza de obtener la bienaventuranza". Y más expresamente el concilio Tridentino: "Todos deben colocar y poner en el auxilio de Dios una firmísima esperanza; pues Dios, así como comenzó la obra buena, la concluirá, pues El concede el querer y el lograr".

Por tanto, Dios quiere que desconfiemos siempre de nosotros mismos, a fin de no caer en la presunción; pero, por otra parte, quiere que estemos ciertos de su buena voluntad y de su ayuda para salvarnos, siempre que se lo pidamos, a fin de que tengamos una certísima confianza en su bondad.

Dice Santo Tomás: "Debemos esperar de Dios la eterna salvación, fiados en su poder y en su misericordia, creyendo que puede y quiere salvarnos".

He querido establecer en este capítulo, en honor de la Divina Providencia y bondad de Dios, a fin de animar a los pecadores y para quitar toda excusa cuando dicen que no tienen fuerzas para resistir, pues, como he procurado hacerles ver, el que se condena se condena por su propia culpa, porque Dios a nadie niega la gracia de la oración, con la cual se obtiene de Dios el auxilio para vencer cualquier ataque de la concupiscencia y cualquier tentación.

Por lo demás, mi principal propósito ha sido insinuar a todos el uso de este poderosísimo e indispensable medio de la oración, a fin de que cada uno, con la mayor diligencia posible, atienda a usar de él si desea salvarse. Por descuidar la oración son muchas

las almas que pierden la gracia, viven tanto tiempo en pecado y, al fin, acaban por perderse irremisiblemente. ¡Y sólo porque no quisieron molestarse en orar!

Y lo peor es, no puedo dejar de repetirlo, que son pocos los predicadores y confesores que atienden de propósito a instruir a sus oyentes y penitentes el uso de la oración, sin la cual es imposible la observancia de los divinos preceptos y la consecución de la perseverancia en la divina gracia.

Habiendo visto y observado la absoluta necesidad de orar que imponen las Santas Escrituras, he procurado introducir en las misiones de nuestra Congregación, como se practica desde hace muchos años, que nunca se omita el sermón de la oración.

Digo, repito y repetiré siempre, mientras me dure la vida, que la esperanza de nuestra salvación depende de nuestra oración; por esto, yo creo firmemente, que tanto los escritores en sus libros, como los predicadores en sus sermones, y todos los confesores en la administración del sacramento de la Penitencia, debieran inculcar esto, amonestando, clamando y repitiendo constantemente: orad, orad y no dejéis nunca de orar, porque si oráis os salvaréis; por el contrario, si dejáis de orar os condenaréis. Así deberían hacer todos los predicadores y directores, porque según las escuelas católicas, el que ora obtiene la gracia y se salva. (Del gran medio de la oración.)

Hay que orar con atención

Hay quienes recitan muchas oraciones vocales; pero si no hacen oración mental, difícilmente harán bien las oraciones vocales, porque se harán con distracción. Muchos claman, dice San Agustín, pero sólo con la voz del cuerpo... No basta rogar sólo con la voz, sino que es preciso rogar con el espíritu, como dice el Apóstol: *Orando en todo tiempo en espíritu, velando y suplicando con perseverancia* (Ef. 6, 18). Pues nos confirma la experiencia que muchos que recitan diversas oraciones vocales como el Oficio Divino, el Santo Rosario, etc., continúan cayendo en pecado y viviendo en él; mientras que los que hacen oración mental, difícilmente caen alguna vez en pecado; y si alguna vez

tienen la desgracia de caer, no es fácil que permanezcan mucho tiempo en tan miserable estado; porque una de dos: o dejará la oración o dejará el pecado; pues vida de oración y de pecado, jamás se hallan juntos. (Selva P. II c. 5.)

Se peca porque se quiere, pues demuestra la experiencia que el que recurre a Dios no peca, y quien a Dios no recurre, peca infaliblemente... Si somos vencidos, la culpa es totalmente nuestra, porque no hemos orado...

Muchos rezan el Rosario, el Oficio de la Virgen y hacen otras obras exteriores de devoción, y, sin embargo, continúan en pecado; al paso que quien hace oración mental es imposible que continúe en pecado, porque, o dejará la oración, o abandonará el pecado, pues como decía un gran siervo de Dios: "Vida de oración y de pecado no pueden estar juntos" (Monja Santa C. 15).

La ciencia de los Santos no se aprende en los libros, sino en la oración

La ciencia sublime de los Santos no se aprende por el estudio ni por la lectura de los libros, sino por medio de la oración... Un momento de oración puede comunicarnos mayores luces que diez años de estudio en medio de los libros... Para poder adquirir algún conocimiento en las ciencias humanas es necesario emplear mucho tiempo y estudiar en gran manera; pero para aprender la ciencia de los Santos, basta quererla y pedirla... No niego que el estudio les es necesario a los sacerdotes, pero mucho más necesario les es el estudio de Jesús crucificado... Decía San Paulino que por medio de la oración nos nutrimos de aquel espíritu celestial que después hemos de comunicar a los demás. Por eso decía San Lorenzo Justiniano que los sacerdotes deben acudir a la oración antes de ponerse a ayudar a los hermanos. Un sacerdote de mediano saber, pero abrasado del celo del amor de Dios, convertirá muchas más almas con un solo sermón, que otro muy sabio, pero tibio, en cien sermones.

Quien por el estudio deja la oración, da a entender que en el estudio no busca a Dios, sino a sí mismo... *(Selva de Materias Predicables).*

Para vencer las tentaciones

Repito que el remedio más eficaz y necesario de todos, el remedio de los remedios es rogar a Dios que nos ayude, y perseverar en la súplica mientras dura la tentación. Sucede a menudo que el Señor ha vinculado la victoria, no a la primera, sino a la segunda, o a la tercera, y hasta la cuarta oración que le dirijamos, en una palabra: estemos persuadidos que de la oración depende todo nuestro bien; de la oración depende la mudanza de vida; de la oración depende la victoria sobre las tentaciones; por la oración se alcanza el amor divino, la perfección, la perseverancia y la salud.

A alguno que haya leído mis obras espirituales, me habré hecho tal vez pesado recomendando con tanta frecuencia el uso de la oración, su importancia, su necesidad continua. Yo, al contrario, temo no haber insistido aún lo bastante en este punto. Sé que el demonio no cesa día y noche de tendernos lazos para hacernos caer; sé que sin el socorro divino no somos capaces de resistirle, y por eso nos exhorta el Apóstol (Ef. 6, 11) a revestirnos de la armadura de Dios, diciendo: *"Revestíos de la armadura de Dios para poder contrarrestar las acechanzas del diablo; porque no es nuestra pelea contra la carne y sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo"*. Y, ¿cuál es esa armadura de Dios, de que nos habla San Pablo para resistir al demonio? Son las súplicas continuas y fervientes para que Dios nos ayude a vencer. *"Haciendo en todo tiempo con espíritu y fervor continuas oraciones y plegarias, y velando para lo mismo con todo empeño (Ibíd. 18)"*.

Sin cesar se nos inculca en el Antiguo y Nuevo Testamento la necesidad de orar: *Invócame y Yo te libraré (Sal. 49, 15). Invócame y Yo te oiré benigno (Jer. 33, 3). Conviene orar perseverantemente y no desfallecer (Lc. 18, 1). Pedid y se os dará (Mt. 7, 7). Velad y orad para que no caigáis en la tentación (Mc. 14, 18). Orad sin intermisión (1 Tes. 5, 17).* Por tanto, me parece, pues, no haber hablado con demasía de la oración sino antes poco.

Yo desearía que los predicadores nada recomendasen tanto a sus oyentes como la oración; que los confesores a nada exhor-

tasen con mayor empeño a sus penitentes que a la oración; que los escritores espirituales de nada hablasen con tanta facundia y copia de razones como de la oración; mas de esto me lamento y pienso que es castigo de nuestros pecados, de que tanto predicadores como confesores y escritores, hablan muy poco acerca de la oración. (Práctica de Amor a Jesucristo.)

BEATO DIEGO JOSE DE CADIZ (m. 1801)

Este célebre misionero recorre con sus pies descalzos todo el mapa de España, consiguiendo miles de conversiones con sus misiones populares. Fue beatificado por León XIII en 1894. Subió al cielo desde la ciudad de Ronda (Málaga).

1. Es la oración uno de los actos más principales de la virtud santa de la religión, porque en ella y con ella se da a Dios el culto y reverencia que ésta, como debido, nos enseña. Ella es para el alma lo que el sol para los vivientes, lo que el alimento para el cuerpo y lo que el riego para las plantas; porque sin ella el alma no concebirá buenos y santos afectos, ni producirá los frutos de las virtudes, ni conservará fácilmente la vida de la gracia (El Ermitaño Perfecto, pág. 541).

2. Nadie ignora que el todo de nuestra perfección en esta vida consiste en la unión con Dios, y que a esto deben encaminarse todos nuestros deseos, conatos e intenciones, porque Dios es la vida de nuestras almas y todas nuestras cosas; *en El vivimos, nos movemos y somos*; y El es nuestro primer principio, de donde nos dimana todo bien, y es también nuestro último fin, a quien necesariamente deben encaminarse todos nuestros afectos y todas nuestras obras. Este es el dichoso término al que miran y al que se encaminan todas las virtudes, y singularmente la santa oración, como dice San Buenaventura.

Cuánta sea la importancia del santo ejercicio de la oración, se colige fácilmente por las Santas Escrituras donde se nos ase-

gura que a ella va inseparable la misericordia del Señor, y que jamás faltará ésta a quien no le falte la oración (Sal. 66, 20); que si perseveramos en ella, no seremos vencidos en las tentaciones (Mt. 26, 41), y que, por su medio, nuestra conversación y trato es en los cielos.

La oración, especialmente la mental, es el medio para alejar de nosotros el pecado, para adquirir las virtudes y para llegar a la contemplación y posesión del Sumo Bien.

El Espíritu Santo nos encarga la viva consideración de nuestras postrimerías, como eficaz remedio contra las culpas (Ecli. 7, 40); y San Pablo nos propone la meditación de las penas y dolores de nuestro amabilísimo Redentor, como el medio eficacísimo para sobrellevar constantemete los males de esta vida (Heb. 12, 3).

La frecuente meditación de los beneficios de Dios y las verdades eternas, son un incentivo poderoso para encendernos en el fuego de la divina caridad y de su amor (Sal. 38, 4).

3. Por tanto, al religioso le es *totalmente* preciso y necesario el no separar de sí en tiempo alguno a sus dos fieles coadjutores y leales compañeros como son el temor de su reprobación y el amor a Dios y la salvación de su alma, como dice San Lorenzo Justiniano. Para lo primero, ha de pensar con frecuencia en lo incierto e infalible del momento de su muerte y en los males que se padecen para siempre en el infierno. Y para lo segundo, debe considerar la bondad, el amor, la misericordia del Señor y los gozos perpetuos de la bienaventuranza. Porque de la consideración de esta alternativa, se sigue aborrecer el ocio, se sacude la tibieza, se evita la negligencia, se adquiere el amor a Dios, se consiguen todos los bienes del alma y se adquiere un amor y fervor insuperable para todo cuanto le puede aprovechar en el alma.

4. Aficionémonos, pues, a este santo ejercicio y no seamos del número de aquellos necios que la miran con horror y se fastidian de sólo oír su nombre. Pues la experiencia nos hace ver continuamente que, al paso que un religioso va dejando la oración o entibiándose en su ejercicio, su espíritu se va disipando, hasta reducirse al infeliz estado de la relajación. Por el contrario, vemos cómo se reforma, adelanta y vive con arreglo, en la proporción que se dedica a esta santa y angelical ocupación celestial.

Miremos y examinemos bien este punto, y hallaremos que, en tanto hemos permanecido gustosos en la Orden y atentos a la regular observancia, en cuanto no habemos dejado la oración; pero que, desde el punto en que nos retiramos de ella, se ha ido poco a poco disipando nuestro espíritu. Por esto ha sido siempre máxima cierta entre religiosos: que aquél es bueno y virtuoso, que tiene mucha y buena oración; y aquél es malo y perverso, que huye de ella y la mira con fastidio.

5. Justo sería y muy propio de los que nos hallamos ilustrados con las luces santas de la fe, y condecorados con el hábito religioso, que amásemos tanto la oración, cuanto la aborrece nuestro común infernal enemigo; porque, si a él le es odiosa e insufrible, por los daños que le hace y por el bien que a nosotros nos sigue, claro está que, para librarnos de sus astucias y para vencerle, nos importará infinito el aficionarnos a ella y armarnos con su ejercicio para los combates que sin intermisión nos presenta.

6. Oremos, en fin, sin intermisión y sin flaquear jamás en su ejercicio, como el Señor nos aconseja. Seamos puntualísimos en las dos horas que nuestras sagradas Constituciones nos ordenan para cada día. Añadamos algún rato más, según nos lo permitan nuestras ocupaciones, y hagamos *el propósito* con particular empeño en que no se nos pase sin ella un solo día, si queremos gustar cuán suave es el espíritu de Dios y cuán fácilmente se comunica a los que oran con fe, con humildad y con perseverancia (La Vida Religiosa 2.ª Pte. art. 3).

SAN SERAFIN DE SAROV (m. 1833)

San Serafín de Sarov es el santo más amado y venerado de Rusia y una de las figuras más luminosas de la Iglesia Oriental. Fue canonizado en 1903.

1. Dice Dios: "*Cuando venga os juzgaré en el estado en que os encontrare*". ¡Ay de nosotros si nos encontrara oprimidos por los

cuidados y los afanes terrenos, porque nadie podrá soportar su ira y el rostro de su desdén! Por eso se ha dicho: *"Vigilad y orad para no caer en la tentación"*, es decir, para que no perdáis el espíritu divino, puesto que la vigilia y la oración es la que nos alcanza su gracia.

Naturalmente que cualquier virtud ejercitada en el nombre de Jesucristo nos procura la gracia del Espíritu Santo; pero, por encima de todas, nos la alcanza la oración, arma que está siempre en nuestras manos para conseguir la gracia del Espíritu Santo.

Podríais desear, por ejemplo, ir a la iglesia, pero puede suceder que no haya iglesia o que la función haya terminado; podríais desear hacer una limosna, y no encontrar un mendigo o no tener qué dar...; podríais, finalmente, desear ejercitar cualquiera otra de las virtudes en el nombre de Jesús, y no tener medios ni oportunidad; pero la oración, en cambio, siempre podréis practicarla. Lo mismo el rico que el pobre, el noble que el plebeyo, el fuerte que el débil, el sano que el enfermo, el justo que el pecador, todos pueden practicarla. ¡Oh, y cuán grande es el poder de la oración!, incluso aunque seas pecador, con tal que desees convertirte a Dios... ¡Cuán grande es el poder de la oración, que tantas gracias nos alcanza y que con tanta facilidad puede ser practicada...! Pues, alma devota, si te consideras feliz de hablar con este miserable Serafín, porque crees que la gracia celestial está en él, ¿qué decir entonces de Dios mismo, fuente eterna de todo bien celestial y terreno? Y, sin embargo, por la oración se nos concede la gracia de poder hablar con el mismo Nuestro Señor, Salvador y vivificador y creador de todo bien... *(Coloq. con N. A. Motovilov).*

2. La oración, el ayuno, las vigilias y otras prácticas cristianas cualesquiera, aunque muy buenas en sí mismas, no representan en modo alguno, por sí solas el fin de la vida cristiana; pues no son más que medios indispensables para alcanzar este fin. Porque el verdadero fin de la vida cristiana es la adquisición del Espíritu Santo. En cuanto a los ayunos, vigilias, oraciones, limosnas y otras buenas obras hechas en nombre de Cristo, son los medios para adquirir el Espíritu Santo. Fijaos bien en esto: sólo las buenas obras hechas en nombre de Cristo nos traen los

frutos del Espíritu Santo. Otras acciones, si no están hechas en nombre de Cristo, aun siendo buenas, no podrían, a pesar de todo, proporcionarnos la recompensa en la vida del siglo venidero ni darnos la gracia de Dios en la vida presente. Por eso el Señor Jesucristo dijo: *"El que no recoge conmigo, desparrama"* (Revelaciones de San Serafín Sarov).

SAN VICENTE PALLOTTI (m. 1850)

San Vicente Pallotti, fundador de la Sociedad del Apostolado Católico y creador de la Acción Católica, como se verá, tenía tanta confianza en la oración que era ella todo el fundamento de su obra. Con la oración conseguiría las vocaciones misioneras necesarias para la Congregación, y sólo por la oración alcanzarían el éxito todas las misiones.

1. La oración, según la doctrina del Evangelio, es la que obtiene los operarios en la viña del Señor; y, más que el empeño y la habilidad del predicador, hace fecunda la predicación, cuyo fruto depende del incremento que Dios da con su gracia (1 Cor. 3, 6). Y así, aquellos que se ofrecen a contribuir al fin santísimo del Apostolado Católico con el medio eficacísimo de la oración, con razón son considerados como una de las clases más nobles y más importantes de la Sociedad.

Sin embargo, el medio de la oración que por una parte es poderoso para asegurar el éxito de la obra apostólica, por otra, es fácil y universal; porque la divina misericordia no excluye a nadie, sino que a todos nos manda orar... Por tanto, nadie de cualquier edad, sexo, estado y condición, puede quedar excluido de formar parte del Apostolado Católico como cooperador espiritual (Esc. Selec. Zamora 1988, págs. 135-136).

2. Todos, en fin, pueden contribuir eficazmente con el medio de la oración... El Evangelio nos enseña que con estos medios puede resultar muy bien la obra de instrucción de la

viña del Señor, ya que —sin hablar de la predicación, de la cual el Salvador del mundo dio a sus Apóstoles y a sus sucesores el encargo y la misión— el precepto que el mismo Dios salvador ha dado a sus discípulos de rogar "al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (Mt. 9, 38), no deja dudar de ningún modo de la eficacia de la oración por la multiplicación de los verdaderos ministros evangélicos (Ibíd. pág. 129).

3. Así también se espera que en las órdenes religiosas regulares, sean multiplicados los individuos de esta vocación llenos de un solo espíritu, del solo espíritu de Jesucristo, absolutamente necesario a los misioneros.

¡Ah!, oremos, oremos incesantemente, a fin de que, multiplicadas y cultivadas tales vocaciones, sean multiplicadas también en todo el mundo católico las casas religiosas de esas órdenes, para que por todas partes vayan misioneros sin número, llenos de un solo espíritu a propagar la fe en todo el mundo (Ibíd. pág. 83).

4. *La Sociedad del Apostolado Católico* es una empresa difícil, pero sumamente necesaria para tener operarios evangélicos llenos del solo espíritu de Jesucristo. Dios quiere la salvación de todos (1 Tm. 2, 4), y por todos envió a su Unigénito, para que fuese el Redentor por la muerte de cruz. Dios no falta en proveer las cosas necesarias, especialmente si se piden. "Dios en lo necesario no falta".

Por consiguiente, oremos y no cesemos nunca de orar y de hacer orar, en cuanto sea posible, con humildad, confianza y perseverancia. Y el Padre de la misericordia que está en los cielos, en cuyas manos están los corazones de todos los hombres —también, pues, los de los ricos y potentados de la tierra—, ya que si El, infinitamente providente como es, siempre está pronto a socorrer las verdaderas necesidades corporales de sus hijos, mucho más y con inconcebible plenitud lo está para proveer a las necesidades de las almas redimidas.

Y si alguien desconfiase de poder tener candidatos con vocación para las misiones extranjeras para llenar tales colegios, tome confianza, recordando que Jesucristo, al ver la abundancia de la mies y la escasez de los operarios evangélicos, para que se provea la necesidad, nos ha dado un medio infalible con aque-

llas palabras: "Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (Lc. 10, 2). Por consiguiente, si Jesucristo nos ha mandado orar al Padre celeste que es el Dueño de la mies, para que envíe obreros a su mies, es de fe que nos quiere escuchar. Y por eso, para sacar provecho del tan infalible medio que nos ha ordenado el divino Redentor, la Sociedad promueve la propagación de una determinada oración... (Ibíd. pág. 103).

5. La Unión (o Sociedad de Apostolado Católico) tendrá por obra de primer fundamento y de segura eficacia, el promover en cuanto sea posible, oraciones humildes, confiadas y perseverantes, para obtener que sea reavivada la fe y reencendida la caridad entre los católicos y propagada por todo el mundo, a fin de que, más prontamente, se haga un solo rebaño apacentado por un solo pastor supremo, el Vicario de Jesucristo. Y si por esta Institución de la Unión no se obtuviese otra cosa que la multiplicación de las oraciones indicadas, sin embargo, se habría obtenido el medio seguro para conseguir más prontamente cuanto se propone la Unión (Ibíd. pág. 82).

6. A la vista de una empresa tan necesaria y debida por el precepto de la caridad, pero a la vez tan desproporcionada a las fuerzas del hombre, e inconcebiblemente rodeada de tantas dificultades e impedimentos de toda clase, la Sociedad se reconoce obligada a sacar provecho de la oración, que es el medio infalible que nos ha dado el Redentor. Con la cual se obtiene todo lo que es para gloria de Dios y para provecho de las almas, a condición de que se emplee con humildad, confianza y perseverancia. Y por eso, la Sociedad tendrá como obra principal el promover por todas partes oraciones humildes, confidentes y perseverantes, dirigidas a obtener los dones y medios necesarios y oportunos, para que, cuanto antes, haya un solo rebaño y un solo pastor en todo el mundo... (Ibíd. pág. 100).

7. Nuestro Señor Jesucristo oraba siempre... Por consiguiente, por amor a Nuestro Señor Jesucristo, nos debemos esforzar en imitarlo en la vida de oración y en hacer con gran perfección y fervor todos los ejercicios devotos... (Ibíd. pág. 255).

8. Nuestro Señor Jesucristo, antes de dar comienzo a su celeste predicación, por nosotros se retiró al desierto en oracio-

nes y ayunos durante cuarenta días... Por consiguiente, por amor a nuestro Señor Jesucristo, debemos esforzarnos por imitarle (Ibíd. pág. 258).

SAN JUAN M.ª VIANEY (Cura de Ars) (m. 1859)

San Juan M.ª Vianey, mundialmente conocido como El Santo Cura de Ars, Patrón de los párrocos, fue suspendido siempre en todos sus estudios del seminario por su rudeza y poco talento. Unicamente le aprobaron por ser modelo de piedad. Cuando le encargan de la parroquia de Ars, la encuentra espiritualmente arruinada. Intenta salvarla, pero no sabe pronunciar discursos elocuentes; solamente sabe orar y hacer penitencia. Pero el pueblo al verle, le reconoce como Santo, y sus rudas palabras se les clavan en el alma y todos se convierten. Y así pasó a la historia de la famosa parroquia de Ars.

En verdad, en verdad os digo: todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre os lo dará (Jn.16,23)

Nada más consolador para nosotros, H. M., que las promesas que Jesucristo nos hace en el Evangelio, al decirnos que todo cuanto pidamos a su Padre en su nombre nos será concedido. No contento con esto, H. M., no solamente nos permite pedirle lo que deseamos, sino que nos insta a ello, llegando hasta a mandárnoslo. Así hablaba a sus Apóstoles: "He aquí que hace ya tres años estoy con vosotros y no me pedís nada. Pedidme, pues, a fin de que vuestra alegría sea llena y perfecta". (Jn.16,24). Lo cual nos indica que la oración es la fuente de todos los bienes y de toda la felicidad que podemos esperar aquí en la tierra. Siendo esto así, H. M., si nos hallamos tan pobres, tan faltos de luces y de dones de la gracia, es porque no oramos o lo hacemos

mal. ¡Ay! H. M., digámoslo con pena: muchos ni siquiera saben lo que sea orar, y otros sólo sienten repugnancia por un ejercicio tan dulce y consolador para todo buen cristiano. En cambio, vemos a algunos orar pero sin alcanzar nada, lo cual proviene de que oran mal: es decir, sin preparación y hasta sin saber lo que van a pedir a Dios. Mas, para mejor haceros sentir la magnitud de los bienes que la oración nos procura, H. M., os diré que todos los males que nos agobian en la tierra vienen precisamente de que no oramos o lo hacemos mal; y si queréis saber la razón de ello, aquí la tenéis: si acertásemos a orar ante Dios cuál debe hacerse, nos sería imposible caer en pecado; y si nos hallásemos exentos de pecado, volveríamos a un estado, por decirlo así, semejante al de Adán antes de su caída. Para animaros, H. M., a orar con frecuencia y a orar debidamente, voy a mostraros: 1.º, cómo sin la oración nos es imposible salvarnos; 2.º, cómo la oración lo puede todo delante de Dios; 3.º, qué cualidades ha de reunir la oración para ser agradable a Dios y meritoria para el que la hace.

1.º— Para mostraros, H. M., el poder de la oración y las gracias que del cielo nos alcanza, os diré que por la oración es como los justos han tenido la dicha de perseverar. La oración es para nuestra alma lo que la lluvia para el campo. Abonad un campo cuanto os plazca; si falta la lluvia, de nada os servirá cuanto hayáis hecho. Así también, practicad cuantas buenas obras os parezcan bien; si no oráis debidamente y con frecuencia, nunca alcanzaréis vuestra salvación; pues la oración abre los ojos del alma, hácele sentir la magnitud de su miseria, la necesidad de recurrir a Dios y de temer su propia debilidad. El cristiano confía solamente en Dios, nada espera de sí mismo. Sí, H. M., por la oración es como perseveraron los justos. En efecto, ¿qué fue lo que condujo a ciertos santos a aceptar tan grandes sacrificios como el abandonar todas sus riquezas, sus parientes y sus comodidades, para ir a pasar el resto de su vida en la selva, y allí llorar sus pecados? Era, H. M., la oración lo que inflamaba sus corazones con el pensamiento de la presencia de Dios, con el deseo de agradarle y de no servir más que a El. Mirad a Magdalena; ¿en qué se ocupa después de su conversión? ¿No es por ventura en

la oración? Mirad a San Pedro; mirad aun a San Luis, rey de Francia, quien, en sus viajes, en vez de pasar la noche durmiendo en su lecho, pasábala en una iglesia orando y pidiendo a Dios el don precioso de perseverar en su gracia. Mas, sin ir tan lejos, H. M., ¿no observamos en nosotros mismos cómo, a medida que descuidamos la oración, vamos perdiendo el gusto por las cosas del cielo?, no pensamos más que en la tierra; pero, si reanudamos nuestra oración, sentimos renacer también en nosotros el pensamiento y el deseo de las cosas del cielo. Sí, H. M., cuando tenemos la dicha de estar en gracia de Dios, o bien recurriremos a la oración, o podemos tener la certeza de no perseverar largo tiempo en el camino del cielo.

En segundo lugar, decimos, H. M., que todos los pecadores, salvo extraordinario e insólito milagro, se convirtieron por la oración. Mirad lo que hace Santa Mónica para alcanzar la conversión de su hijo: o bien la hallaréis al pie del crucifijo, orando y llorando; o bien la veréis junto a personas buenas y prudentes para recabar su auxilio y sus oraciones. Ved al mismo San Agustín cuando quiso de veras convertirse; miradle en el jardín, entregado a la oración y a las lágrimas a fin de mover el corazón de Dios y cambiar el suyo. Sí, H. M., por más que seamos pecadores, si recurrimos a la oración y la practicamos debidamente, podremos estar seguros de que Dios nos ha de perdonar. ¡Ah! H. M., no nos extrañe, pues, que el demonio haga todo lo posible para movernos a dejar la oración o a practicarla mal, pues sabe mejor que nosotros cuán temible sea ella al infierno y cómo es imposible que Dios pueda denegarnos lo que le pedimos al orar. ¡Oh!, ¡cuántos pecadores saldrían del pecado, si acertasen a recurrir a la oración!

En tercer lugar, digo que todos los condenados se perdieron porque no oraron o porque oraron mal. De lo cual deduzco, H. M., que, sin la oración, habremos de perdernos por toda una eternidad, mientras que, con la oración bien hecha, tenemos la seguridad de salvarnos. Sí, H. M., los santos estaban de tal manera convencidos de la eficacia de la oración, que, no contentos con dedicarse a ella durante el día, empleaban en tal ejercicio noches enteras. ¿Por qué, pues, H. M., sentimos tanta repug-

nancia por una práctica tan dulce y consoladora? ¡Ay! H. M., es porque la hacemos mal, y nunca hemos sentido las delicias que en ella experimentaban los santos. Mirad a San Hilarión, que oró durante cien años sin interrupción, y aquellos cien años fueron para él tan cortos que su vida le pareció un relámpago. En efecto, H. M., la oración bien hecha es aceite balsámico que se extiende por toda el alma y parece hacernos sentir ya la felicidad de que gozan los bienaventurados en el cielo. Es esto tan cierto, que leemos en la vida de San Francisco de Asís que, estando en oración, caía muchas veces en éxtasis, hasta tal punto que no podía discernir si se hallaba en la tierra, o en el cielo entre los bienaventurados. Tan abrasado estaba por el fuego divino que la oración encendía en su corazón, que llegaba a comunicarle calor sensible. Un día, mientras se hallaba en la iglesia, sintió un acceso de amor tan violento, que hubo de exclamar en alta voz: "Dios mío, no puedo más". —Pero, pensaréis para vosotros mismos, esto sucederá a los que saben orar bien y proferir hermosas palabras—. No es, H. M., a las largas y bellas oraciones a lo que Dios mira, sino a las que salen del fondo del corazón, con gran reverencia y vehemente deseo de agradarle. Ved de ello un hermoso ejemplo. Refiérese en la vida de San Buenaventura, gran doctor de la Iglesia, que un religioso muy sencillo le dijo: "Padre mío, ¿creéis que yo, con mi poca instrucción, podré orar y amar a Dios?" San Buenaventura le contestó: "¡Ah!, amigo mío, precisamente los simples y humildes son los que más agradan a Dios y aquellos a quienes El ama con mayor ternura". Admirado aquel religioso de lo que acababa de saber, se fue a la puerta del monasterio, y decía a cuantos pasaban por allí: "Venid, amigos míos, tengo que daros una buena noticia: el doctor Buenaventura me ha dicho que nosotros, aunque ignorantes, podemos amar a Dios tanto como los sabios. ¡Qué dicha para nosotros, poder amar y agradar a Dios, con todo y ser ignorantes!" Ya veis, pues, H. M., cómo es cosa fácil y consoladora orar delante del Señor.

Decimos que la oración es la elevación de nuestro corazón a Dios. Mejor dicho, H. M., es una dulce conversación de un hijo con su padre, de un súbdito con su rey, de un criado con su

dueño, de un amigo con su amigo en el seno del cual deposita sus tristezas y sus penas. Para mejor haceros cargo de la excelsitud de la oración, considerad cómo es una vil criatura la que Dios recibe en sus brazos para prodigarle toda suerte de bendiciones. ¿Queréis saber aún más, H. M.? La oración es la unión de cuanto hay de más vil con lo más grande, más poderoso, más perfecto en todos los órdenes que imaginar podamos. Decidme, H. M., ¿necesitamos algo más para penetrarnos de la excelencia y necesidad de la oración? Ya veis, pues, H. M., cuán necesaria sea ella para agradar a Dios y salvarnos.

Por otra parte, no podemos hallar la felicidad aquí en la tierra si no amamos a Dios; y solamente podemos amarle orando. Así vemos que Jesucristo, para animarnos a recurrir frecuentemente a la oración, nos promete no denegarnos nada cuando oremos de la manera debida. Mas no hay necesidad de ir muy lejos para convenceros de que debemos orar con frecuencia; no tenéis más que abrir el catecismo, y allí veréis que el deber de todo buen cristiano es orar por la mañana, por la noche, y a menudo durante el día: o sea, hemos de orar siempre.

Un cristiano que desee salvar su alma, por la mañana, al despertarse, debe hacer la señal de la cruz, consagrar su corazón a Dios, ofrecerle todas sus obras, y prepararse para la oración. No ha de empezarse jamás el trabajo sino después de haber orado; y debe orarse de rodillas, delante del crucifijo, después de haber tomado agua bendita. No perdamos nunca de vista, H. M., que es la mañana el momento en que Dios nos tiene preparadas todas las gracias necesarias para pasar santamente el día; pues El sabe y conoce todas las ocasiones que de pecar se nos presentarán, y todas las tentaciones a que el demonio nos someterá durante el día; y si oramos de rodillas y cual debemos, el Señor nos otorgará todas las gracias que necesitemos para no sucumbir. Por esto el demonio hace cuanto puede para que dejemos la oración o la hagamos mal, plenamente convencido, como lo confesó un día por boca de un poseso, de que, si puede obtener para sí el primer momento de la jornada, tiene ya la seguridad de obtener también lo restante. ¿Quién de nosotros, H. M., podrá oír, sin llorar de compasión, a esos pobres cristianos que

se atreven a deciros que no tienen tiempo para orar? ¡Pobres ciegos! ¿Qué obra es más preciosa, la de trabajar por agradar a Dios y salvar el alma, o la de dar de comer al ganado de las cuadras, o bien llamar a los hijos o sirvientes para enviarlos a remover la tierra o el estercolero? ¡Dios mío, cuán ciego es el hombre!... ¡No tenéis tiempo!, mas decidme, ingratos, si Dios os hubiese enviado la muerte esta noche, ¿habríais trabajado? Si Dios os hubiese enviado tres o cuatro meses de enfermedad, ¿habríais trabajado? Id, miserables, merecéis que el Señor os abandone en vuestra ceguera y en ella perezcáis. ¡Hallamos ser demasiado dedicarle algunos minutos para agradecer las gracias que en todo momento nos concede! —Quieres dedicarte a tu tarea, dices—. Pero, amigo mío, te engañas miserablemente, ya que tu tarea no es otra que agradar a Dios y salvar tu alma; todo lo demás no es tu tarea: si tú no la haces, otros la harán; mas si pierdes el alma, ¿quién la salvará? Vete, eres un insensato: cuando estés en el infierno, entonces conocerás lo que debías practicar y, desgraciadamente, no has practicado.

Pero, me diréis, ¿cuáles son las ventajas que con la oración obtenemos, para que hayamos de orar con tanta frecuencia? —Vedlas, H. M. La oración hace que hallemos menos pesada nuestra cruz, endulza nuestras penas y nos vuelve menos apegados a la vida, atrae sobre nosotros la mirada misericordiosa de Dios, fortalece nuestra alma contra el pecado, nos hace desear la penitencia y nos inclina a practicarla con gusto, nos hace comprender y sentir hasta qué punto el pecado ultraja a Dios Nuestro Señor. Mejor dicho, H. M., mediante la oración agradamos a Dios, enriquecemos nuestras almas y nos aseguramos la vida eterna. Decidme, H. M., ¿necesitamos aún más para decidirnos a que nuestra vida sea una continua oración mediante nuestra unión con Dios? ¿Cuando se ama a alguien, hay necesidad de verle para pensar en él? No, ciertamente. Por lo mismo, H. M., si amamos a Dios, la oración nos será tan familiar como la respiración. Sin embargo, H. M., debo advertiros que, para orar de manera que dicha práctica pueda lograrnos los favores que os acabo de enumerar, no basta dedicar a ella un breve instante, ni hacerla con precipitación. Dios quiere que empleemos en la

oración el tiempo conveniente, que haya espacio suficiente para pedirle las gracias que nos son necesarias, agradecerle sus favores y llorar nuestras culpas pasadas, pidiéndole perdón de las mismas.

Pero, me diréis, ¿cómo podremos orar continuamente? — Nada más fácil, H. M.: ocupándonos de Nuestro Señor, de tiempo en tiempo, mientras trabajamos; ora haciendo un acto de amor, para testimoniarle que le amamos porque es bueno y digno de ser amado; ora un acto de humildad, reconociéndonos indignos de las gracias con que no cesa de enriquecernos; ora un acto de confianza, pensando que, aunque miserables, sabemos que Dios nos ama y quiere hacernos felices. O también, podremos pensar en la pasión y muerte de Jesucristo: le contemplaremos en el huerto de los Olivos, aceptando la pesada cruz; nos representaremos su coronación de espinas, su crucifixión, y si queréis, recordaremos su encarnación, su nacimiento, su huida a Egipto; podemos pensar también en la muerte, en el juicio, en el infierno o en el cielo. Rezaremos algunas preces en honor del santo Angel de la Guarda, y no dejaremos nunca de bendecir la mesa, ni de dar gracias después de la comida, de rezar el *Angelus*, y el Ave María cuando dan las horas: todo lo cual nos va recordando nuestro último fin, nos hace presente que en breve ya no estaremos en la tierra, y así nos iremos desligando de ella, y procuraremos no vivir en pecado por temor de que la muerte nos sorprenda en tan miserable estado. Ya veis, H. M., cuán fácil es orar constantemente, practicando lo que hemos dicho. Esta es, H. M., la manera cómo oraban siempre los santos.

2.º— El segundo motivo que debe inducirnos a recurrir a la oración, es que todo el provecho redunda en favor nuestro. El Señor conoce dónde está nuestra felicidad y sabe que solamente por la oración podemos procurárnosla. Por otra parte, H. M., ¡cuán grande honor para una vil criatura cual nosotros, el que todo un Dios quiera bajarse hasta ella y conversar con ella tan familiarmente como un amigo que habla con otro amigo! Ved cuánta es su bondad al permitirnos que le comuniquemos nuestras penas y nuestras aflicciones. Y este buen Salvador pone toda su diligencia en consolarnos, en sostenernos en las pruebas,

o, por decirlo mejor, en sufrirlas por nosotros. Decidme, H. M., el dejar de orar ¿no sería equivalente a renunciar a nuestra salvación y a nuestra felicidad aquí en la tierra, toda vez que sin la oración no podemos menos de ser desgraciados, mientras que mediante la oración estamos seguros de alcanzar cuanto nos sea necesario para el tiempo y para la eternidad, según ahora vamos a ver?

Primeramente digo que todo le está prometido a la oración, y en segundo lugar, que la oración bien hecha lo alcanzará todo: es esta una verdad que Jesucristo nos repite casi en cada página de la Sagrada Escritura. La promesa de Jesucristo es formal: "Pedid, nos dice, y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, lo obtendréis, si lo pedís con fe". Mas no se contenta Jesucristo con decirnos que la oración bien hecha lo alcanza todo. Para mejor convencernos de ello, nos lo asegura con juramente (1): "En verdad, en verdad os digo, que todo cunto pidiereis a mi Padre en mi nombre, os lo concederé". Después de estas palabras del mismo Jesucristo, me parece, H. M., que es ya imposible dudar de la eficacia de la oración. Por otra parte, H. M., ¿de dónde podría venir nuestra desconfianza?, ¿sería de nuestra indignidad? Pero Dios sabe muy bien que somos pecadores y culpables, que oramos en su nombre, y que, ante todo, contamos con su infinita bondad. Y nuestra indignidad ¿no está cubierta y como disimulada por sus méritos? ¿Será, pues, por ser nuestros pecados demasiado horribles o demasiado numerosos? Mas ¿no le es a Dios igualmente fácil perdonarnos un pecado de mil? ¿No dio principalmente su vida por los pecadores? Escuchad lo que nos dice el Rey Profeta: "¿Se ha visto jamás a alguien que haya orado al Señor y cuya oración haya sido desoída?" (2). "Sí, nos dice, cuantos invocan al Señor y recurren a El, han experimentado los efectos de su misericordia".

(1) Amen, amen dico vobis... quodcumque petieritis Patrem in nomine meo hoc faciam (Ioann., XIV, 13).

(2) Este texto no ha sido sacado de los Salmos, sino del Eclesiástico: "Quis invocavit eum, et despexit illum?" (Eccli., II, 12).

Para sentir esto mejor, veamos algunos ejemplos. Mirad a Adán pidiendo misericordia después de su pecado. No solamente el Señor le perdona a él, sino además a toda su descendencia; le promete su Hijo, que deberá encarnarse, sufrir y morir para reparar su pecado. Ved a los ninivitas, grandes pecadores, a quienes el Señor envió el profeta Jonás, para que les avisase que iba a castigarlos de la manera más espantosa: a saber, haciendo bajar fuego del cielo (1). Se entregan todos a la oración, y el Señor los perdona. Hasta en aquella ocasión en que el Señor se decidió a destruir el mundo por el diluvio universal, si aquellos pecadores hubiesen recurrido a la oración, con seguridad el Señor los hubiera perdonado. Y si proseguís leyendo las Escrituras, veréis a Moisés sobre la montaña, mientras Josué lucha con los enemigos del pueblo de Dios. Cuando Moisés ora, los israelitas vencen; mas, en cuanto cesa su oración, los israelitas son vencidos. Ved aun al mismo Moisés pidiendo al Señor que perdone a treinta mil culpables a los cuales había resuelto perder: con sus oraciones, forzó, por decirlo así, al Señor a perdonarlos. "No, Moisés, le dijo el Señor, no intercedas por este pueblo, no quiero perdonarle". Moisés continúa en su oración, y el Señor es vencido por las preces de su siervo, y perdona a su pueblo. ¿Qué hace Judit, H. M., para librar a su patria de aquel su temible enemigo? Acude a la oración y, llena de confianza en el Señor ante quien se acaba de postrar, va a la morada de Holofernes, le corta la cabeza y salva a su patria. Ved al piadoso rey Ezequías, a quien el Señor envió un profeta para advertirle que pusiese en orden sus negocios, pues iba a morir. Prosternóse delante del Señor, suplicándole que no le arrebatase aún de este mundo. Movido el Señor por sus oraciones, concediόle quince años más de vida. Si seguís adelante, veréis al publicano que, reconociéndose culpable, acude al templo para implorar de Dios

(1) Jonás, predicando en Nínive, decía: "No pasarán cuarenta días y Nínive será destruida", sin indicar por qué género de castigo (Jon., III, 4). Tal vez el Santo confunde la destrucción de Nínive con la ruina de Sodoma anunciada a Loth por un ángel, y que describe el Génesis así: "El Señor hizo caer del cielo una lluvia de azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra" (Gen., XIX, 24).

el perdón. El mismo Jesucristo nos dice que sus pecados le fueron perdonados. Ved a la pecadora, prosternada a los pies de Jesús, orando con lágrimas en los ojos. Y ¿no le responde Jesucristo: "Te son perdonados tus pecados"? El buen ladrón, aunque lleno de los más enormes crímenes, hace oración desde la cruz; y no sólo Jesucristo le perdona, sino que le promete que en aquel mismo día estará en el cielo con El. Sí, H. M., si tuviésemos que citar a cuantos han alcanzado el perdón orando, tendríamos que enumerar a todos los santos que fueron pecadores; ya que por la oración tuvieron la dicha de reconciliarse con Dios, el cual dejóse conmover por sus súplicas.

3.º— Mas pensaréis tal vez: ¿De dónde proviene que, a pesar de tantas oraciones, seamos siempre pecadores, sin mejorar en lo más mínimo? —Nuestra desgracia, amigo mío, proviene de que no oramos cual deberíamos, esto es, oramos sin preparación y sin deseo de convertirnos, y muchas veces sin saber lo que a Dios hemos de pedir. No dudéis de esto, H. M., pues cuantos pecadores pidieron a Dios su conversión la obtuvieron, y todos los justos que suplicaron a Dios la perseverancia perseveraron. —Mas alguien me dirá: Se experimentan demasiadas tentaciones.— ¿Eres excesivamente tentado, amigo mío? Ora, y ten la seguridad de que la oración te dará fuerzas para resistir la tentación. ¿Tienes necesidad de la gracia? Pues la oración te la obtendrá. Si dudas de ello, oye lo que nos dice Santiago, a saber: que mediante la oración dominamos al mundo, al demonio y a nuestras pasiones. Sí, H. M., por muchas que sean las penas que experimentemos, si oramos, tendremos la dicha de soportarlas enteramente resignados a la voluntad de Dios; y por violentas que sean las tentaciones, si recurrimos a la oración, las dominaremos. Mas, ¿qué hace el pecador? Vedlo aquí. Tiene la plena convicción de que la oración le es absolutamente necesaria para evitar el mal y para obrar el bien, así como para salir del pecado cuando ha caído en él; pero mirad su gran ceguera: o no hace oración, o la hace mal. ¿Qué no es cierto esto, H. M.? Ved la manera de orar que tiene un pecador, suponiendo que ore, pues la mayor parte de los pecadores no lo hacen; ¡ay!, veréis que se levantan y se acuestan como bestias. Mas observemos

a aquel pecador orando: vedle recostado en una poltrona, o echado sobre la cama rezando mientras se viste o se desnuda, o va andando o gritando, hasta tal vez jurando, a la zaga de sus criados o de sus hijos. ¿Con qué preparación se pone a orar? ¡Ay!, con ninguna. Frecuentemente, y en la mayoría de los casos, esta clase de gente acaba su pretendida oración, no solamente sin saber lo que ha dicho, sino hasta sin pensar ante quien se hallaba, ni lo que iba a hacer o a pedir. Miradlos en la casa de Dios; ¿no os inspira compasión su actitud? ¿Hácense cargo de que están en la santa presencia de Dios? Indudablemente que no: miran a los que entran o salen, hablan con los del lado, bostezan, duermen, se fastidian, y hasta tal vez se enojan porque las funciones, a su parecer, son demasiado largas. Toman el agua bendita con la misma devoción que sacan la de un cubo para beber. Con duros trabajos hincan las rodillas, pareciéndoles ya demasiado inclinar un poco la cabeza durante la Consagración o la Bendición. Los veréis paseando su mirada por el templo, fijándola tal vez en aquello que puede inducirlos al mal; aún no han entrado y ya quisieran estar fuera. Al salir, los oiréis exclamarse cual si fuesen personas sacadas de una cárcel y puestas en libertad. Pues bien, H. M., tal es la miseria del pecador, y por cierto que es muy grande. Y al considerar esto, ¿deberá admirarnos que los pecadores continúen en sus pecados y perseveren en tan miserable estado?

Hemos dicho, en tercer lugar, que los provechos de la oración van anejos a la manera como cumplamos tal deber, según ahora vamos a considerar. 1.º Para que la oración sea agradable a Dios y provechosa al que la hace, es necesario hallarse en estado de gracia o a lo menos tener una firme resolución de salir cuanto antes del pecado, puesto que la oración de un pecador que no quiere salir del pecado es un insulto que se hace a Dios. 2.º Para que nuestra oración esté bien hecha, es necesario habernos preparado antes. Toda oración hecha sin prepararse, es una oración defectuosa, y esta preparación consiste en pensar un rato en Dios antes de arrodillarnos en su presencia, considerando a quién vamos a hablar y lo que le hemos de pedir. ¡Ay!, ¡cuán escasos son los que se preparan y, por lo mismo, cuán

pocos oran de una manera debida, es decir, en forma adecuada para ser escuchados favorablemente! Por otra parte, H. M., ¡qué os ha de conceder el Señor si no le pedís nada, ni deseáis nada! Más claro: sois como un pobre que no quiere limosna, como un enfermo que no quiere sanar, como un ciego que quiere permanecer en su ceguera; en fin, como un condenado que no quiere ir al cielo, sino que consiente en bajar al infierno.

En segundo lugar, hemos dicho que la oración es la elevación de nuestro corazón a Dios, una dulce conversación entre la criatura y su Criador. No será pues, H. M., orar debidamente el pensar en cosas ajenas, mientras estamos en oración. Apenas nos demos cuenta de que nuestro espíritu se distrae, es necesario ponerse de nuevo ante la presencia de Dios, humillarnos ante la divina Majestad, y no dejar nunca la oración porque no experimentemos gusto al orar. Por el contrario, hemos de pensar que, cuanto más pesadez sintamos, más meritoria será nuestra oración a los ojos de Dios, si perseveramos en ella siempre con la intención de agradarle. Refiérese en la historia que, en cierta ocasión, un santo decía a otro santo: "¿A qué será debido que, mientras oramos, nuestro espíritu se llene de mil pensamientos ajenos, los cuales quizá no nos acudirían, si no estuviésemos ocupados en la oración?" El otro le contestó: "Ello no es extraño, amigo mío: ante todo, el demonio prevé las abundantes gracias que por la oración podemos alcanzar, y, por consiguiente, desespera de ganar a una persona que ore debidamente; además, cuanto mayor es el fervor con que oramos, más excitamos su furor". Otro santo, a quien se le apareció el demonio, le preguntó por qué se ocupaba continuamente en tentar a los cristianos. Y el demonio le respondió que se le hacía insoportable que un cristiano, que tantas veces ha pecado, pudiese obtener aún el perdón, y que en tanto hubiese un cristiano en la tierra, él lo tentaría. Después le preguntó de qué manera los tentaba. Contestóle el demonio: "A unos les meto el dedo en la boca para hacerlos bostezar; a otros hago que duerman; a otros hago vagar su pensamiento de un lugar a otro". ¡Ay! H. M., demasiado verdad es esto; podemos experimentarlo cuantas veces nos ponemos en la presencia de Dios para orar.

Refiérese que, habiendo observado el superior de un monasterio que uno de sus religiosos, antes de comenzar sus oraciones, se movía en ademán de hablar con alguien, le preguntó en qué se ocupaba en aquellos momentos. "Padre mío, le dijo, es que antes de comenzar mis oraciones, tengo la costumbre de llamar a mis pensamientos y deseos diciéndoles: Venid todos y adoraremos a Jesucristo nuestro Dios". "¡Ah! H. M., ¡cuán agradable era contemplar la oración de los primeros cristianos!, nos dice Casiano. Era tan grande el respeto que tenían a la presencia de Dios, era tanto su silencio y recogimento, que parecían muertos; veíaselos en la iglesia temblorosos; no había allí ni sillas ni bancos; permanecían todos prosternados cual criminales que esperasen la sentencia. Pero también, H. M., ¡cuán rápidamente se poblaba el cielo, y cuán delicioso era vivir en la tierra! ¡Ah!, ¡felices los que vivieron en aquellos tiempos dichosos!"

3.º Hemos dicho que nuestras oraciones han de ser hechas con confianza, y con una esperanza firme de que Dios puede y quiere concedernos lo que le pedimos, mientras se lo supliquemos debidamente. Todas las veces que Jesucristo nos promete no negar nada a la plegaria, añade esta condición: "Si lo pedís con fe". Cuando alguien le imploraba su curación u otra cosa, nunca se olvidaba de decirle: "Hágase según tu fe". Por otra parte, H. M., ¿qué nos podrá hacer dudar, cuando nuestra confianza está apoyada en la omnipotencia de Dios que es infinita, en su misericordia sin límites, y en los méritos infinitos de Jesucristo, en nombre del cual oramos? Al orar en nombre de Jesucristo, no somos nosotros quienes oramos, es el mismo Jesucristoi quien ora por nosotros a su Padre. El Evangelio nos ofrece un hermoso ejemplo de la fe que debemos tener al orar, en la persona de aquella mujer que sufría flujo de sangre. Decíase ella a sí misma: "Si puedo llegar a tocar aunque sea sólo el borde de su manto, tengo la seguridad de que sanaré". Ya veis cómo ella creía firmemente que Jesucristo podía curarla y con qué confianza esperaba una curación que deseaba ardientemente. En efecto, al pasar el Salvador junto a ella, arrojóse a sus pies, tocó su manto, y al momento quedó sana. Viendo Jesucristo su fe, la miró bondadosamente, y le dijo: "Anda, tu fe te ha

salvado". Sí, H. M., a esta fe, a esta confianza está todo prometido.

4.º Decimos que, al orar, es preciso tener una intención pura tocante a lo que pedimos, y solamente implorar lo que mire a la gloria de Dios y a nuestra salvación. Podéis pedir cosas temporales, nos dice San Agustín; mas siempre con la intención de que os serviréis de ellas para gloria de Dios, para salvación de vuestra alma y la de vuestro prójimo; de lo contrario, vuestras peticiones procederían del orgullo o de la ambición; y entonces, si Dios rehúsa concederos lo que le pedís, es porque no quiere perderos. Mas, ¿qué acontece en nuestras oraciones?, nos dice además San Agustín. ¡Ay!, pedimos una cosa y deseamos otra. Al rezar el Padre nuestro, decimos: "Padre nuestro que estás en los cielos; es decir: Dios mío, desligadnos de este mundo; concedednos la gracia de saber despreciar todas aquellas cosas que sólo sirven para la vida presente; hacednos la gracia de que todos nuestros pensamientos y deseos sean sólo para el cielo!" ¡Ay!, si Dios nos concediera esta gracia, muchos de nosotros íbamos a quedar disgustados (1).

Hemos de orar con frecuencia, H. M., pero debemos redoblar nuestras oraciones en las horas de prueba, en los momentos en que sentimos el ataque de la tentación. Ved un ejemplo. Leemos en la historia que, en tiempo del emperador Licinio, diose una orden según la cual todos los soldados debían ofrecer sacrificios al demonio. Entre ellos hubo cuarenta que se negaron a cumplirla, diciendo que los sacrificios sólo a Dios eran debidos y de ninguna manera al demonio. Se les hizo toda clase de promesas. Al ver que nada era capaz de rendirlos, después de someterlos a una serie de tormentos, fueron condenados a ser arrojados desnudos en un lago de agua helada, durante la noche, en los rigores del invierno, para que muriesen de frío. Los santos mártires, al verse así condenados, dijéronse unos a otros: "Amigos, ¿qué nos queda al presente sino ponernos en las manos de Dios omnipotente, el único de quien podemos obtener la fortaleza y

(1) Citar el resto del Padre nuestro... Ejemplo del Pastor. (Nota del Santo).

la victoria? Recurramos a la oración y oremos continuamente para atraer sobre nosotros las gracias del cielo; pidamos a Dios que nos conceda a los cuarenta la dicha de perseverar". Mas, para tentarlos, colocóse muy cercano a aquel sitio un baño caliente. Por desgracia, uno entre ellos desfalleció, abandonó el combate, y fue a meterse en el baño caliente; pero al entrar en él perdió la vida. El que los custodiaba, viendo bajar del cielo treinta y nueve coronas y otra que quedaba suspendida en las alturas, "¡Ah!, exclamó, ¡es la de aquel infeliz que ha abandonado a sus compañeros!...", y arrojóse al estanque helado, para ocupar el lugar del que aquél había desertado, y así recibió el bautismo de sangre. Como al día siguiente estuviesen aún con vida, ordenó el gobernador que fuesen echados al fuego. Habiendo sido puestos en un carro todos, excepto el más joven a quien confiaban conquistar aún, su madre, que era testigo de la escena, exclamó: "¡Ah!, hijo mío, ¡ten valor!, un momento de sufrir te valdrá toda una eternidad de dicha". Y cogiendo ella misma a su hijo, lo llevó al carro con los demás, y llena de alegría, le condujo, como en triunfo, a la gloria del martirio. Tan persuadidos estaban de que la oración es el medio más poderoso para atraer sobre nosotros los auxilios del cielo, que durante todo su martirio no cesaron de orar. Vemos que San Agustín, después de su conversión, se retiró durante largo tiempo a un pequeño desierto, para pedir a Dios la gracia de perseverar en sus buenos propósitos. Y siendo obispo, pasaba buena parte de sus noches en oración. San Vicente Ferrer, que tantas almas llevó al buen camino, decía que nada es tan poderoso como la oración para convertir a los pecadores, y que la oración es semejante a un dardo que atraviesa el corazón del pecador.

Sí, H. M., bien podemos decir que la oración lo hace todo: ella es la que nos da a conocer nuestros deberes, ella la que nos pone de manifiesto el estado miserable de nuestra alma después del pecado, ella la que nos procura las disposiciones necesarias para recibir los sacramentos; ella la que nos hace comprender cuán poca cosa sean la vida y los bienes de este mundo, lo cual nos lleva a no aficionarnos demasiado a lo terreno; ella, por fin, es la que imprime vivamente en el espíritu el saludable temor